TEATRO
MODERNO

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVIN.

FLORES Y BLANCA FLOR

PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/floresyblancaflo1806fern

4748

EL TEATRO
MODERNO
AÑO IV 7 enero 1928 NÚM. 122

L. Fernández Ardavín

FLORES Y BLANCAFLOR

COMEDIA EN CUATRO ACTOS
Y EN VERSO

Estrenada en el Teatro Calderòn, de Madrid, el 2 de diciembre de 1927

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Blancaflor, la cautiva (cristiana).	*María F. I. de Guevara.*
Zahara, infanta mora...	*Adela Carbone.*
La Reina, mora...	*Elena Salvador.*
Daraja, nodriza mora...	*Patrocinio Rico.*
Zamar...	*Margarita Gelabert.*
Adalifa...	*Aurora Palacios.*
Alborayda...	*Mary Derby.*
Guadal...	*Margarita Gelabert.*
Moraima...	*Josefina Lamas.*
Diznarda...	*Emilia S. Ordóñez.*
Persia...	*Aurora Palacios.*
El Príncipe Flores...	*Rafael Rivelles.*
El Beato Fray Ramiro...	*Francisco Pierrá.*
El Rey Felice, moro...	*Ignacio Evans.*
El Senescal, moro...	*Francisco Urquijo.*
Mohamet Abdali, ayo del príncipe.	*Manuel Martín Vara.*
Nazar, paje moro...	*Josefina Lamas.*
Yauro, el mercader...	*José Portes.*
Fray Teodulfo...	*José Comellas.*
Fray Anselmo...	*Juan Martínez Román.*
Philipolo, el patrón...	*Gonzalo Vico.*
Gazul, paje moro...	*Antonio Gandía.*
Audala, ídem...	*Manuel Rodríguez.*
Celindos, ídem...	*Angel Alcaraz.*
El Alfaquí...	*Juan Martínez Román.*
Rumelio, el piloto...	*Manuel Martín Vara.*
Efraín, el timonel...	*Manuel Rodríguez.*
Omar...	*Antonio Gandía.*
Kasari...	*Rufino López.*
El Jefe de la guardia...	*Gonzalo Vico.*
Un servidor del Emir...	*Angel Alcaraz.*

Nobles, soldados, marineros, etc. Hacia el siglo XII.

NOTA.—Los versos señalados con asterisco (*) deben ser suprimidos en la representación.

ACTO PRIMERO

El Alcázar.

Edad media. Un castillo. Morería.
Cotas de malla. Plumas. Capellares.
Talismanes de amor y hechicería.
Historias de cautivos y juglares.
Torneos que pregonan las trompas de un he-
[raldo.
Naves de aventureros que a Alejandría van.
El serrallo, la guzla, el yatagán,
y una leyenda digna de Arminda y de Rinaldo,
de Isolda y de Tristán.

Se levanta el telón.

ACTO PRIMERO (1)

Antecámara rosa de un aposento blanco
sobre un jardín trasero,
en un alcázar moro.
Por el izquierdo flanco,
entre las dos columnas de una arcada,
se alcanza a ver, en arabescos de oro,
el camarín de Blancaflor. Al foro,
la blonda cincelada
de un ajimez que a los adarves da.
Y, recortada vigorosamente
sobre el jirón sangriento del Poniente,
una torre feudal parece que arde,
de tan roja y bruñida como está,

(1) Para simplificar la representación, las decoraciones primera segunda se refunden en una sola, que reuniendo todos los elemen- s necesarios, hace posible representar los dos actos primeros en el ismo lugar de acción.

611830

en la fragua encendida de la tarde.
En el flanco derecho—también oro y carmín—,
un mirador con balaustrada,
mitad, bajo las rosas, entocada
de un cándido rosal. Líricamente
se oye cantar la fuente
del próximo jardín que el aposento aroma.
Y sobre el puro cielo, recortado,
un cónico ciprés enamorado
al camarín se asoma.
Tres puertas. Una grande, señorial.
Otra, de paso al edificio.
Y otra, humilde, pequeña, monacal:
la de las camareras de servicio.
La camareta blanca, del interior, velada
de un velo tan liviano
que se diría un sueño. La exterior, amueblada
mitad a lo oriental y a lo cristiano.
El techo, de mocárabes, una gruta calada.
Se deshace de amor en cada estalactita.
Con su lámpara persa, vidriada y esmaltada,
si no fuera un palacio, sería una mezquita.
Un ánfora moruna.
Un espejo español
que le cuenta a la luna
los secretos del sol.
Sedas de Alejandría.
Sitiales castellanos. Una rueca. Un telar.
Un atril y un altar
de la Virgen María.
Alcatifas vistosas y joyas sarracenas.
Sombras de gineceo y luces de oratorio.
En un jarrón arábigo, un ramo de azucenas,
y a los pies de la Virgen, un gran reclinatorio.
Braserillos de plata, con ámbar de Abisinia,
perfuman el ambiente.
Calcedonias azules de Bizancio y Bitinia.
Brochados de Damasco. Porcelanas de Oriente.
Capiteles de ágata. Zócalos esmaltados.
Mosaicos. Taraceas. Azulejos dorados
de alucinante simetría,

y dos tapices pérsicos, ornados
con escenas de amor y cetrería.
Todo bañado en rosa. En la suave armonía
de un color virginal. ¡Como si fuera
un palacio de bóvedas de cera
que dejasen pasar la luz del día!

(Empieza la comedia. En el telar
Blancaflor teje un paño de brocado.
La pequeña Zamar
hila a sus pies, sentada en el estrado.
Hay una pausa en que se siente el ruido
que hace la lanzadera al resbalar,
y dice Blancaflor, sin levantar
los ojos del tejido:)

BLAN.

Grandes guerras se publican con Galicia y Portugal.
El Rey moro junta lanzas y hace luego pregonar
no quede vivo cristiano, humilde ni principal.
Micer Persio, padre mío, cristiano como el que más,
y madre mía, Topacia, en vía de santidad,
van a Roma a Compostela, con bordón y con sayal.
Ya viene un gonfalonero con su estandarte marcial.
En pos las vanguardias vienen; el Rey Felice, detrás.
Los arqueros no han llegado adonde mi padre está,
que el corazón le traspasan con una flecha mortal.
En esto que llega el Rey. Los arcos hace abajar.
Y al ver de mi madre el llanto, la honestia y la cortedad,
llevarla manda a la Reina, que está en el Alcázar Real.
Cautiva queda mi madre; la Reina lo queda más,
y pone, pasando el tiempo, en ella su voluntad.
Bordando juntas, un día, como solían bordar,
la Reina ve que la esclava a ser madre pronto va.
Confiésaselo mi madre, pues no hay por qué simular,
y dice también la Reina que está en una espera igual.
Yo, a mi madre, y a la Reina, varón que ilustre será,
la misma Pascua Florida nace un hijo a cada cual.
Se siente morir mi madre, como una brasa en el llar,
llorar la pide a la Reina que no me abandonará;

que siempre seré cristiana y habré en palacio un lugar,
y al mismo que se la dió, mi madre el ánima da.
La Reina cumple conmigo, que hijas de Rey habrá
que no tengan mi regalo ni gocen mi bienestar.
Mandó por los monasterios de sus fronteras allá
buscar un monje que fuese de hacerse preso capaz
y estar cautivo por mí en esta alcazaba real.
La Reina y el monje fueran cuanto tengo por acá,
si no tuviera también cosas que me valen más,
y que la infanta Zahara desde hoy a quitarme va.

ZAMAR.

¿Habláis del amor del príncipe?

BLAN.

¿Pues de otro podía hablar?
¿De qué hablarán las estrellas? ¿Las aguas de qué ha-
[blarán
si no es del cielo en que viven, o del río o de la mar?
Esta es mi historia. Procura que no la olvides jamás,
y vete. Pues ya me pide a solas el alma estar.

(Por la puerta de servicio la camarera se va.
La tarde bruñe su oro. Blancaflor rompe a llo-
[rar.)

*¡Ay, madre, que el ser me diste con tanta infelicidad!
*¡Ay, madre, que el ser me diste! ¡Cuándo me lo quitarás

(Aparece la noble figura
del Monje Ramiro. El semblante,
denunciando cilicio y tortura.
Aún es joven, de hermoso talante
y nívea tonsura.
Blancaflor, que le siente llegar,
corre a él y le besa la mano.
Y parecen dos tallas de altar
de un antiguo retablo cristiano.)

¡Oh, qué a tiempo llegáis, beato fray Ramiro!

RAMI. ¡Tiempo de padecer, a lo que miro!
*Ten mesura, hija mía. Dale al alma un respiro

BLAN. *¿Mesura en el amor predicáis? ¡Bien se ve
*que no sabéis de amor!

RAMI. De otros, quizá no sé
*Del tuyo, sí.
BLAN. ¿Por qué?
RAMI. *Porque cuando el humano amor es de tal suerte
*como lo es el tuyo, que no teme a la muerte,
*y diviniza al hombre, si en él no se convierte
*se aproxima al divino. Y por ello se advierte
*que si el amor divino de un corazón cristiano,
*aun siendo, como el mío, pecador y liviano,
*humanizando a Dios se aproxima al humano,
*se funden, en un punto, lo santo y lo profano.
*Y aunque a impiedad trasciendan mis razones,
*en ese punto están nuestros dos corazones:
*el tuyo, por un hombre; el mío, por un Dios.
*¡Ya ves cómo de amor entendemos los dos!
(Con las manos cruzadas sobre el pecho
se ha quedado el beato Fray Ramiro.
La mirada, en el techo;
en el alma, un suspiro.)
Vamos, habla, hija mía. Sepa yo tus dolores.
BLAN. ¡Que me quieren robar la voluntad de Flores!
RAMI. Pero ¿Flores...?
BLAN. Me es fiel. Aunque el Rey le envió
al duque de Montorio con orden de que no
cesara de aturdirle en fiestas y recreos,
batidas y torneos,
él no me olvida.
RAMI. Entonces...
BLAN. Pero... ¿no habéis oído
las nuevas que en palacio se han corrido?
RAMI. ¿Cómo quieres que oiga el mundanal ruido
quien del mundo y sus pompas anda huído?
Nuevas que de la altura
palatina descienden, no llegan, criatura,
hasta mí. Me pidieras nuevas de la negrura
de las negras prisiones, o de la desventura
de tristes y forzados,
y acaso te dijera
una por una, la aflicción sincera
de los conversos o los renegados;
de cada triste alma atribulada

que en la mazmorra del castillo espera
que la luz de Jesús sea llegada.
Pero yo, pobre siervo del Señor,
prisionero también en un castillo moro,
¿qué sé de lo que dicen las corazas de oro
ni las cortes de honor?

BLAN. ¿Pues qué nuevas oís?

RAMI. Las de fosos abajo.
Los lamentos del fuego, la cuchilla y el tajo;
o las de cielo arriba: las voces del Señor.
De las otras que brotan en la codicia impura
de un mundo pecador,
hasta mi celda oscura
no llega ni el rumor.

BLAN. ¡Vivís en el Alcázar como un extraviado!

RAMI. Para Dios, para ti y para los que gimen.
Los demás no me importan. Fantasmas del pe-
[cado,
sé que tienen verdugo, que guerrean y oprimen.
No quiero saber más.

BLAN. Pues debíais saber,
para que me amparaseis.

RAMI. Más te amparo, mujer.
negándome a escuchar
no queriendo entender.
¡Que la ciencia del hombre es ignorar
lo que no está en su mano contener!

BLAN. Entonces, ¿no sabéis que han dispuesto casar
al príncipe?

RAMI. ¿Con quién?

BLAN. ¡No sabéis nada!
Con la infanta, su prima. Su padre, el de Gra-
[nada,
parte a la guerra al frente de una gran cabal-
[gada,
y a nuestro Rey, su tío, la deja encomendada.
Ayer la vi llegar y me sentí morir.
Y ésta es mi duda, padre. ¿Qué he de hacer?
[¿Consentir?
¿Que obedezca a los Reyes; que todo quede en
[calma;

que él pueda engrandecer, casando, su corona;
que me aparte a un cenobio y muera con la
[palma?
¡Lo que menos importa es mi propia persona!
Pero ¿es esto también lo que me dice el alma?
Si mis padres volviesen a la vida;
si yo me viera Reina, rodeada de honores
y bien favorecida,
¿podría ser dichosa sin el amor de Flores?
¿Pues cómo siendo iguales en cariño
podemos ser distintos en deseo?
Abandonarle a sus grandezas, creo
que para Flores es
como arrojar a la corriente un niño
en el frágil canasto de Moisés.
¿Procuro simular
maldad aborrecible, para hacerle olvidar
mi memoria sagrada?
¡Eso sería traspasar
su corazón con una puñalada!
¿Fortalecerle contra todo
y anteponer mi amor a su propia grandeza?
¿Lograr que le persigan y le humillen de modo
que arrastre, mendigando, su realeza?
Yo no soy tan cruel.
¡Prefiero que me olvide como a una quimera,
a que, estando con él,
un día le supiera
mi boca, hecha de mieles, a vinagre y a hiel!

RAMI. Espera tu destino.

BLAN. Pero ¿cómo esperar?

RAMI. Siguiendo tu camino,
sin que te falten alegría y tino.
Risueña. Como el agua. Como la flor del lino.
Si tienes que vencer,
vencerás sin luchar. Todo tu patrimonio
está en tu fortaleza. No la debes perder.
¡La duda es la serpiente del demonio!
¡Nunca dudes, mujer! *(Pausa.)*
Y adiós. Sonó la hora
de las meditaciones.

Ya vuelven a los patios los bridones.
Torna la montería que salió con la aurora,
y abaten, en la alcándara, su pico los halcones.
Como ellos ha de ser
tu espíritu: arrogante. Ellos son testimonio
del divino poder.
¡La duda es la serpiente del demonio!
¡Nunca dudes, mujer!

(El beato se marcha. O, mejor,
se diría que se desvanece.
Presurosa, agitada,
con susto y temor,
la nodriza Daraja aparece.
Al brazo, un rimero de blonda rizada.
El traje, de mora.
La frente, nevada.
Siempre que habla a su señora,
lo hace como embelesada.)

DARAJ. ¡Mi señora!
BLAN. ¡Nodriza! ¿Por qué vienes con tanta presura?
DARAJ. Os quise ver
y me escapé del baño de la infanta.
BLAN. Pero ¿estás a servirla?
DARAJ. Desde ayer.
Por orden de la Reina,
me corresponde su cuidado.
Y mientras que se baña, se perfuma y se peina
y acaban las esclavas su tocado,
yo he subido hasta aquí
por ver a mi paloma virginal.
BLAN. ¡Oh, destino faltal,
que viene a hacer de ti
camarera mayor de mi rival!
DARAJ. Yo seré camarera
de una infanta. ¡Mas nunca confidente
de quien más se dijera,
por su gusto y manera,
que es una cortesana de un califa de Oriente!
BLAN. *(Extrañada.)* ¿Qué dices? ¿Pues no guarda
la compostura de su rango?

DARAJ. Sí.
Pero de natural, ella es así.
¿Cómo pedirle al fuego que no arda,
si está en arder lo que mantiene al fuego?
Lo que a vos el pudor os acobarda,
es para ella un inocente juego.
Sin duda hay en sus venas
la sangre de un serrallo
o el ansia de vivir con que florece mayo;
y sus carnes morenas
trascienden a pimienta y a clavel.
¡La más dorada poma del vergel
no tiene más aroma que la infanta Zahara!
BLAN. Entonces, ¿el hechizo de su cara
no es sino nuncio fiel
de todo lo demás?
¡Infeliz Blancaflor! ¡No vencerás
junto a esa perla negra!
(Pausa. A Daraja, con ansiedad.)
¿Tú la has visto desnuda?
DARAJ. Sin más cendal que el aire transparente.
BLAN. ¿Y cómo es?
DARAJ. ¡Como la pulpa cruda
de la granada ardiente!
*El cuerpo, lumbre; rayo, la mirada;
*ancha cadera; reducido el seno;
*ébano sin labrar la cabellera,
*y la tez bronceada
*por el sol agareno.
Tiene el blando mover de la pantera;
deslumbra, al sonreír, la bien trazada
de dientes blancos igualada hilera;
al verla, se estremecen los cipreses
lo mismo que sultanes;
al borde de la alberca, rendidos y corteses,
desfallecen de amor los arrayanes,
y cuando surge entre los surtidores
brillándole en la oreja un arete maltés,
más que una prometida para el príncipe Flores,
la concubina real se diría que es.
BLAN. *¡Calla, nodriza, por favor!

*Pues sospecho que tiene
*cuerpo de oro y corazón de cieno.
*¿Y es ésta la que viene
*a robarme un amor con un veneno?
(La color desvaída,
a Blancaflor parece que se le va la vida.
Y prosigue Daraja, arrepentida:)

DARAJ. *Perdonadme, señora,
*pues si os causé esta herida
*fué para que estuviérais prevenida.
Pero también os traigo, en buena hora,
noticias de Montorio.

BLAN. ¿De Montorio?
¿Y no me las dijiste lo primero?
¡Ay, nodriza Daraja, por lo bien que te quiero,
ayúdame a salir del Purgatorio!
(Súbito, en Blancaflor
se recobran la vida y la color.)
¿Cuáles son?

DARAJ. Que ha llegado Mohamed Abdalí.

BLAN. ¿El maestro del príncipe? ¿Y qué le trae aquí?

DARAJ. Causa bien motivada
le ha de traer, que el viaje es harto rudo
y dura la jornada
para varón tan grave y tan sesudo.
(Blancaflor, asustada;
en la garganta un nudo.)

BLAN. ¿Acaso enfermó Flores
y vienen por los físicos si el mal es perentorio?

DARAJ. ¿Pues no tiene los físicos mejores
el duque de Montorio?

BLAN. ¿Será que a guerrear haya partido?

DARAJ. Treguas de paz gozamos. ¡Mirad a qué ha ve-
[nido!
(Esto dijo riendo
y un billete de Flores descubriendo.
Como la cosa es grave,
la doncella no sabe
si sueña o desvaría.)

BLAN. ¿Del príncipe, quizá?
¡Virgen María!

(Ha sido un grito de alegría
que en el Alcázar resonando va.)

DARAJ. ¡Silencio, por Alá!
¿Si llegase a saber mi tercería
el Senescal del Rey?

BLAN ¡Cállate ya
con semejante nadería!

DARAJ. ¿Nadería el verdugo?

BLAN. ¡Dame acá!
(Daraja se lo entrega. Ella lo mira.
Lo da mil vueltas y de amor suspira.)
*¿Quién lo trajo?

DARAJ. * Nazar, el pajecillo,
*metido en una calza.

BLAN. * ¿Tanto asusta
*mediar en nuestro amor?

DARAJ. * ¿A quién le gusta
*verse un día entre el tajo y el cuchillo?
(Señalando a las puertas.)

BLAN. Vigila con cuidado.

DARAJ. ¡Si muero por leerla!

BLAN. Yo leeré en voz alta.

DARAJ. ¿Y si os oyen?

BLAN. ¡Mejor! ¡Cual repicar sagrado
en fiesta alegre, el corazón me salta!
Ya ves, no hace un momento,
sin valor me sentía,
y ahora, que tengo aquí su pensamiento,
se torna mi tristeza en alegría,
y tentaciones siento
de pregonar al viento
como un heraldo real pregonaría:
¡Vengan todos aquí, vasallos y señores,
que demostrarles quiero
cómo triunfa el amor de los rigores,
y cómo es el mayor del mundo entero
el vivo amor de Blancaflor y Flores!

DARAJ. Lindo pregón sería.
Pero vamos, señora,
no perdamos el tiempo, digo ahora,
con semejante nadería.

¡Leed, leed, que se concluye el día!
(En efecto, la tarde se desmaya.
Blancaflor, temblorosa, abre el mensaje.
La vieja, que batalla
entre leer y vigilar, un viaje
hace, desde la puerta, a cada verso.
Y el ciprés y las torres y las rosas,
y la totalidad del universo,
hecho amor en el alma de las cosas,
parecen escuchar una lección:
la de la juventud y el corazón.)

BLAN. *(Leyendo.)* Blancaflor: ¡Dulce alcaidesa
del castillo de mi amor
guardadora!
¡Cadena que no me pesa!
¿Qué privilegio mayor,
mi señora,
que el de vivir, como vivo,
de vos amante y cautivo
a toda hora?
No existe nube en la altura
que oscurezca el resplandor
de vuestra hermosura,
y si vos sois guardadora
de mi amor y mi ventura,
de vuestra dicha y amor
también soy yo, mi señora,
guardador.
*Todo el noble señorío
*del duque, y pariente mío,
*rivaliza
*en cuál sea mi deseo,
*y no ha existido torneo,
*justa o liza
*que se pueda asemejar
*a este raro disputar
*por quien me pueda causar
*más recreo.
Sospechan, para mi bien,
que en tormento el alma mía
gime un ¡ay!;

sospechan, pero no ven.
Nadie alcanza
que la encubre un capusay
de esperanza,
y que viste, noche y día,
una veste de alegría
verdegay.
¡Nadie ve que mi elegía
es un lay!
Es un lay. Es un decir,
o un rondel,
de quien más quiere morir
que a su dama serle infiel.
Que antes, señora, prefiero,
verme con lepra, mortal,
que afligir a la que quiero;
pues no es ley de caballero
principal,
y yo lo soy tan cabal
como el primero.
Siempre temiendo el aviso
de mi anillo prodigioso,
en mirarlo paso el día,
por si se hace, de improviso,
su pálido azul verdoso,
más pálido todavía.
Y como esto anunciaría
pena o trance peligroso
para vos, no hallo reposo
viendo el anillo, alma mía.
Mas la pálida turquesa
que me disteis al partir,
hasta hoy
no me ha venido a afligir
con su palidez fatal.
Y ya no sé si me pesa
cosa tal;
porque ir,
sabiendo que os amenaza
un peligro, a socorreros,
fuera veros

y vivir,
y no en peligro saberos,
es darle a la ausencia plaza,
y es no veros
y morir.
Si de asechanza traidora,
miedo o duda,
os halláis atribulada,
mandadlo a decir y vengo
en vuestra ayuda.
¿Para qué, señora, tengo
mi buena lanza lunada,
o mi espada,
si no ha de verse desnuda
por mi amada?
Iré, como pasa el viento
del ciclón.
Que sagrados lazos son
los lazos de un juramento,
y yo sostengo el que os hice
firmemente:
¡no hay voluntad que me hechice,
ni tentación que me tiente!
Y si grandeza y honor
estorban nuestros amores,
antes que seros traidor
los sacrifica al amor
vuestro apasionado,
Flores.

DARAJ. ¿No hay más?
BLAN. Por desgracia, no.
DARAJ. En poco rompo a llorar.
¡Ay!
BLAN. ¿Suspiras?
DARAJ. No fuí yo.
BLAN. Pues ¿quién?
DARAJ. La brisa, que entró
del jardín para escuchar.
BLAN. Tendré celos de la brisa.
DARAJ. Yo, envidia a vos. Y me voy.
Pues mientras gozosa estoy

con vos arrobada aquí,
la infanta está sin camisa.
(Mostrando la ropa que traía.)
¡Al brazo me la subí,
y andarán detrás de mí
Zaida, Zobeya y Florisa!

BLAN. También yo voy. El resplandor postrero
del sol, que en un otero
como una brasa arde,
aprovechar en los jardines quiero.

DARAJ. ¡Que las auras serenas de la tarde
os despejen la frente!

BLAN. ¡Dios te guarde!

(Se marcha. Cada una por un lado.
La escena está en penumbras. En el foro
un resplandor de oro.
Hay una pausa, y solemne, pausado,
entra el cortejo real:
la Reina, el Rey, el Senescal,
Mohamet Abdalí y un Paje, portador
de una antorcha encendida,
con que alumbra las lámparas, color
agua de mar o anémona dormida.)

REY. *(Al paje.)*
d en su busca, y decidla que está esperando la Reina.
(Pausa. El paje se va.)
¡Buen Mohamet Abdalí! ¡Varón cual pocos me quedan!
¡Fuente de sabiduría y manantial de prudencia!
entaos y referidnos, mientras la cristiana llega,
ı infelicidad del príncipe.
(Toman asiento. No queda
más que el Senescal en pie.)

IOHA. Pues digo, señor, y sea
estigo de mis palabras el Alcorán, que la empresa
e curar a vuestro hijo el mal de amor que le aqueja,
s causa perdida. Afirma el bien loado Avicena
-maestro de los maestros y galardón de la Persia—
ue amor, igual que locura, dimana de que se alteran
s humores de la mente. No es sentimiento, es dolencia;
o es afición, sino vicio del alma. Para Su Alteza
o hay remedio.

SENES. ¿Insiste aún en amar a la doncella?

MOHA.

Y con mayor desvarío cada vez. Lances y fiestas,
invenciones y recreos, juegos, cañas y carreras,
antes abaten su ánimo que aligerar su tristeza.
Por eso el duque os pidió que a Blancaflor se le hiciera
ir a Montorio; temiendo por su salud. Su Excelencia,
que es en amor inconstante, porque a los amores jueg
y gusta beber el vino cada día en copa nueva,
acordó, sin consultarme, la resolución extrema
de curarle de su amor con su amor. La ligereza
ducal pensó que lo recto, pues padecía por ella,
era entregársela al príncipe en barraganía.
REINA. ¿Piensa
el duque, entonces, que yo tengo damas deshonestas?
REY.
¿Y no pensó en el escándalo de la Corte?
SENES. Ni en la horrenc
infamia de procurar que un príncipe moro fuera
amante de esa cristiana que ha tiempo debimos verla
desterrada de palacio o aherrojada, si no muerta.
REY. *(A Mohamet.)* Seguid.
MOHA. También yo busqué distraerle a mi maner
Cuanto de números y astros nos legaron las escuelas
de Babilonia y El Cairo, Bagdad, Sevilla y Valencia;
cuanto de Cufa y Basora las letradas Academias;
cuanto del sabio Averroes o de Ferdusi, el poeta,
por los desiertos de Agar los beduínos trajeran,
él lo sabe: el astrolabio, los signos y las estrellas;
las reliquias de la Caaba y el esplendor de la Meca;
las kasidas melancólicas que se cantan en las leilas;
las mualakas primitivas y las ardientes gacelas;
los versos de Al-Motamid; las canciones de Abul-Beca;
las glorias de Abderramán y de Almanzor... Cuanto pued
templar su alma de moro en el vigor y en la fuerza
de su raza, él lo aprendió fácilmente. Por sus prendas
es el mozo más cumplido que por Montorio pasea.
Agudo, noble, cortés, de rápida inteligencia;
por lo sonriente, alegre; por lo callado, con pena;

omedido en el hablar y valiente en la pelea.
usta, trova, juega el arco; se adelanta en la carrera;
ecreándose en el coso, reses bravas alancea;
con un mote que dice "Blancaflor, blanca pureza"
e blancas flores bordados capellar y tunicela,
n un caballo ruano, de ancha crin y fina pierna,
arlota de carmesí y armadura a la jineta,
a siempre pidiendo plaza con un azor en la diestra.
ero, ¡ay!, que aunque tantos dones para su bien se con-
[ciertan,
uede más el filtro mágico que la cautiva le diera.
EINA.
o es un filtro. Es natural constancia de almas gemelas.
ues ¿olvidáis que nacieron los dos en un mismo día?
Que juntos vieron la luz la misma Pascua Florida?
Que porque toda la tierra de flor blanca se vestía
niño llamamos Flores, y Blancaflor a la niña?
Que blancos eran los copos que en los árboles abrían
blancos los miradores y blancas las celosías?
Que echaron el paso juntos y juntos se entretenían?
Que hacían los mismos juegos y las mismas alegrías?
Que no podían vivir si separados vivían?
ues ¿cómo extrañáis ahora, las ramas viendo crecidas,
e una a otra se incline más fiel cuanto más se afirma,
ya de brotes menudos guiarlas nadie podía?
ENES. En mal hora habéis criado la hija de la cautiva.
Destruirá nuestra ley y, de arraigar la semilla,
camino de destruir lleva estado y dinastía.
EY. Si al príncipe no, veamos a ella de reducirla.
(Salió Blancaflor. Un lirio
de verla tendría envidia.
A las plantas de la Reina
cae primero, conmovida.
Luego al Rey, después al ayo,
besa las manos, sumisa.)
AN. ¡Reina! ¡Señor! ¡Senescal!
EY. Levantaos.
NES. Y estad en pie.
DHA. ¡Blancaflor!
AN. *(Con alegría.)* ¡Vos! ¡El ayo!
¿Quedó feliz, en Montorio, Su Alteza?

MOHA. No tan feliz como todos ansiamos.
SENES. Por vuestra causa.
BLAN. ¿En qué pude pecar
para ofender o causar algún daño
a mi buen Flores?
SENES. *(Severamente.)* ¡Al príncipe!
BLAN. Al príncipe.
Disimulad, Senescal, este trato.
Olvido a veces que el príncipe y yo
no somos hoy lo que fuimos antaño.
REY. Pues hora es ya de que hablemos tranquilos
en bien de todos. Mi Trono, mi Estado,
un sacrificio os demandan.
BLAN. Señor,
desde que vivo a probaros aguardo
mi gratitud. Ordenad y obedezco.
REY. Digo, mujer, que será necesario
que renunciéis al amor de mi hijo.
BLAN. ¡Oh!
REY. *(Al Senescal.)* Sostenedla.
(Turbada, temblando,
ella vacila. Se teme que caiga.
El Senescal la ha tendido los brazos.
Pero ella, rápida, vuelve a la vida,
y sobre el pecho apretando las manos,
como al contacto vital de la carta,
yérguese y dice:)
BLAN. ¡Apartaos a un lado
¡Yo tengo aquí valedores más firmes
que me sostengan el alma, si caigo!
(Y recobrándose, firme y serena,
responde así, con la muerte en los labios:)
Por renunciado, señor, si ello basta.
REY. No basta aún. Además os demando
que le olvidéis y dejéis de quererle.
BLAN. ¡Oh, Majestad! ¡Yo no puedo engañaros!
Mandatos hay que no basta decir
para que sean cumplidos: "Lo mando".
SENES. ¿Os rebeláis contra el Rey?
BLAN. No, señor.
Mi natural condición le declaro.

Yo soy humana y mortal criatura
y no me puedo arrancar de mi ánimo
la inclinación natural de querer.
¿Basta decir, aunque así lo queramos,
"Renuncio al alma que anima mi cuerpo",
para que el alma a tan simple mandato
huya del cuerpo y el cuerpo abandone?
No; que es preciso, además, que muramos.
Pídanme, pues, lo derecho: la muerte.
Para que olvide a mi príncipe amado,
para que deje este amor este cuerpo
siendo alma suya, es rigor necesario
que muera yo. Y aun así, ¿dejaría
de amar por eso, en la muerte, a quien amo?

ENES. Se niega.

LAN. No, si me fuera posible.
Diganle al ciego que pasa tactando:
"¡Abre los ojos y ve!", y aunque quiera,
sin que se niegue, más bien deseándolo,
¿cómo ha de ver, si imposible es que vea?
Pedid que ponga mi cuello en el tajo;
que me vacíe los ojos, que arroje
mi corazón a las fieras y grajos.
Todo lo haré porque todo es posible.
No me pidáis que realice milagros.
No me pidáis que vacíe los mares
ni que convierta los montes en llanos.
Tal es pedir que me olvide del príncipe.
Amores hay de que nunca curamos.
Puestos por Dios para ejemplo del mundo,
El, que los da, sólo puede quitarlos.

EY. Visto que no me queréis entender,
sabedlo, al fin, y no habéis de estorbarlo:
se casa el príncipe.

LAN. Si él lo consiente,
yo, como esclava que soy, se lo acato.
Y haciendo votos a Dios por su dicha,
no dejaré de quererle.

EINA. Turbado
tiene el juicio.

DHA. Delira.

SENES. Está loca.
REINA. Vuelve en ti, Blancaflor. ¿Pues son vanos
ruegos, súplicas y órdenes?
BLAN. No.
Mi voluntad es ceder. Tanto os amo
que me quisiera volver blanda cera
miel deleitosa o azúcar melado,
para ajustarme, señora, a tu gusto,
como la miel a la forma del jarro
que la contiene. Mas no me es posible.
Mi corazón a ceder es contrario.
Yo soy la miel para el jarro del príncipe.
El es panal y a su gusto trasmano.
REINA. Pero él es príncipe y tú eres cautiva.
BLAN. Para el amor no hay señores ni esclavos.
REINA. Pero él es rico y tú no lo eres.
BLAN. Dios cada día alimenta a los pájaros.
REINA. Pero él es moro y tú eres cristiana.
BLAN. No hay para Dios más que buenos y malos.
SENES. ¡Basta, señor! Pues se obstina en negarse,
dádmela a mí, Majestad. Yo me encargo
de someterla.
BLAN. *(Al Rey, por el Senescal.)*
¡Mirad que ese hombre
no quiere más que del príncipe el daño,
queriendo el mío!
REY. ¿Tenéis qué oponer?
BLAN. Nada, señor.
REY. Pues podéis retiraros.
(Al Senescal.)
Visto que nada se logra con ella,
procederéis como cumple. *(A la Reina y al ayo.)*
Salgamos.

(Blancaflor se recluye en su aposento.
Contrariado, el Rey se levanta,
y vanse todos. Pasado un momento
viene Daraja. La sigue la Infanta.
La tez, oscura. Almaizal transparente.
En las orejas, pesados anillos.
Regios collares. Diadema en la frente
y dos pupilas que, trágicamente,

relampaguean, igual que cuchillos.
La Infanta se sorprende del aposento. Luego se acerca al camarín y mira al interior.
Y en sus pupilas brilla una lengua de fuego al sorprender en él a Blancaflor.)

FLORA. *(Saliendo.)* Este es su camarín. *(Pausa.)*
ZAHA. Y la cristiana ¿es ésa?
FLORAJ. Esa es.
ZAHA. No mintieron
las alabanzas de los que la vieron.
Tiene merecimientos de princesa.
FLORAJ. ¿La envidiáis?
FLORA. No, en verdad; pero la admiro.
¡Hermoso camarín! ¿Y toleráis
que lo afrente ese altar?
FLORAJ. En su retiro
se respeta su fe. *(Nueva pausa.)*
ZAHA Me han dicho que llegó
de tierras de Montorio un mensajero.
¿Sabéis si me ha traído
algún mensaje de mi primo Flores?
FLORAJ. No trajo.
ZAHA. Es distraído
y torpe caballero
cuando tanto olvidó
rendirme los honores
de la más obligada cortesía.
FLORAJ. Porque jamás os vió.
Si os conociera, como yo,
en la solicitud se extremaría.
ZAHA. Eso será. Decid: ¿a ella la escribe?
FLORAJ. Muy rara vez.
ZAHA. Es peregrino el caso
de esta cristiana que en palacio vive,
y justo que me asombre
ver con tan baja flor tan rico vaso.
¿Se llama?
FLORAJ. Blancaflor.
ZAHA. ¡Donoso nombre!
(Con íntimo furor
rompe un collar de perlas

que llevaba en el cuello tentador.
Las perlas se desgranan y llaman a Blanca-
[flor
para que acuda a recogerlas.)
¡Eh, cristiana! *(Pausa.)*
¡Cautiva! *(Nueva pausa. Más fuerte.)*
¡Blancaflor!

BLAN. *(Saliendo.)* ¿Quién me llamaba?

ZAHA. Yo; la prometida
de Flores, tu señor.
(Blancaflor, sorprendida,
pero ocultando su dolor.)

BLAN. ¡Dios le guarde la vida,
y a vos vuestra hermosura! ¿En qué os sirva?,
[decid.

ZAHA. Recógeme las perlas del collar.

BLAN. ¡Lo harán mis camareras! *(Llamando.)*
¡Adalifa! ¡Zamar!
¡Alborayda! ¡Salid!
(Las tres Camareras
salen, presurosas,
como aves de un nido.
Y van recogiendo, ligeras,
la piedras preciosas
que al suelo han caído.)
Recoged esas perlas a Su Alteza.

ZAHA. *(A Daraja, asombrada.)*
¡Nunca vi tal grandeza!
¿Tan rica es esta casa? No sabía
que en ella tiene el siervo servidores.

DARAJ. Ya lo veis.

BLAN. ¿Pues sería
digna, no siendo así, de ser de Flores?
Servíos de mis damas. Ofrecerlas
a Vuestra Alteza, me enaltece a mí.
¡Aunque tenga yo misma que recoger las perlas
de otro collar que, como vos, rompí!

DARAJ. *(Reconviniéndola.)* ¡Señora!

ZAHA. ¡Qué osadía!
¿Así te atreves, en presencia mía?

BLAN. *(Con humildad.)*

Perdón, si os ofendí. *(A las camareras.)*
Dadme las perlas.

DARAJ. ¿Qué vais a hacer?

BLAN. Lo que verás ahora.
Derramarlas de nuevo y recogerlas
para desagraviar a mi señora.
(Sobre la alfombra desgrana el collar.
Hinca la rodilla
y, hasta recobrar
el último aljófar, se arrastra y se humilla.)
Dignas son, en verdad y galardón,
de vuestra omnímoda grandeza.
Que tan gratas le sean a Su Alteza
como a esta sierva de la infanta son.
(Todas la contemplan con admiración.
Luego se levanta
y entrega a la Infanta
el blanco puñado que diera ocasión
a que en la garganta
tenga el corazón.)
(A Zahara.) ¡Dejadme retirar, señora mía!

ZAHA. ¡Idos! *(A Daraja y las damas.)*
Acompañadla.
(Nacarado collar una tras otra,
abandonan las cinco el camarín.
Modelando el jardín,
ha salido la luna
a ver el infortunio
de Blancaflor, su amiga bien amada.
Y en su grande y rosado plenilunio
la murmura al pasar: "¡No temas nada!")
(Sola.) No sabía
que era así mi rival. Mañana, con la aurora,
me volveré a mi Estado.
(El Senescal ha entrado
sigiloso, llamado
por una voz embrujadora.)

SENES. No lo haréis.

ZAHA. *(Sorprendida.)* ¿Escuchabais?

SENES. Decía que lo que importa ahora
es que el príncipe os vea y os caséis.

De todo vencerá vuestra hermosura:
de lo presente y lo pasado.
El Senescal del Rey os lo asegura.
(Con resolución, después de dudar.)

ZAHA. ¿Pactado?

SENES. Por pactado.
Mas ¿qué ofrecéis al mediador
en este peligroso desafío?

ZAHA. Si el príncipe me ama, su favor.

SENES. ¿Y si os desdeña?

ZAHA. El mío.
Mirad si la elección es tentadora:
las riendas del Gobierno o mi belleza.

SENES. Puesto a elegir, preferiré, señora,
que el príncipe desdeñe a Vuestra Alteza.

(Mutis de cada uno, por un lado.
La luna, que ha trepado
a la torre lejana, poetiza
entre almenajes y aspilleras.
Hay una pausa y vuelven la Nodriza
y las tres Camareras.
Vienen radiantes de contento.
Traen ropas y viandas, y hay un vivo rumor
mientras van disponiendo el aposento
donde pasa la noche Blancaflor.
Una va al camarín. Otra se asoma
al ajimez. Daraja
es la sola, entre todas, que trabaja.
Y mientras, otra, al barandal,
se embriaga en el aroma
que sube del rosal;
aquéllas, con revuelos de paloma,
cicatean el nido virginal.)

ADALI. Ya se recogen pajes y escuderos.

ZAMAR. Salió la luna.

DARAJ. Rondará el amor.

ALBO. ¿A vos?

DARAJ. ¡El sueño que me da de veros,
que es el galán más cumplidor!

ADALI. *(A Alborayda.)* ¿A ti cuál placería?

ALBO. ¿A mí? ¡Nazar!

DARAJ. ¿Por su inocente juventud?
ALBO. ¡Porque toca el laúd
y ha aprendido a trovar!
ZAMAR. *(En el mirador.)*
¡Luna de mayo! ¡Fuente rumorosa!
¡Ay, quién pudiera, como blanca estrella,
ir a escuchar el canto de Vidal de Tolosa
o de Folqueto de Marsella!
ADALI. ¡Pero aquí no vendrán los trovadores!
BLAN. *(Saliendo.)*
¿Qué habláis de trovadores? No es Provenza
ni Aquitania. Quitad los cobertores
a mi lecho; cogedme cada trenza
y os podéis retirar.
(Es rubia. Las trenzas descienden
sobre sus hombros de alabastro,
con el dorado resplandor de un astro
de los que para verla su carrera suspenden.
Se apresuran las damas y mientras pasa una
al casto camarín,
las otras la recogen las trenzas, y la luna
la acaricia los pies sobre un cojín.)
DARAJ. ¿Sin que probéis manjar?
(Acercándose a una mesita cargada de manjares.)
Un ala de pichón.
ADALI. Pastel, recién salido
del horno.
ALBO. Miel.
ADALI. Duraznos.
ALBO. O cermeñas o andrinas.
BLAN. No. *(Pausa. Escuchando.)*
¡Callad! ¡Una trompa! ¿Habéis oído
que en el monte sonó, tras las encinas?
DARAJ. Yo nada oí.
ADALI. Ni yo.
ALBO. Será un juglar.
ZAMAR. O un cazador furtivo.
ADALI. O un porquero.
BLAN. Eso será. Pero dejadme. Quiero
quedarme a solas y soñar.

ZAMAR. Hasta mañana.
ADALI. Que durmáis tranquila.
ALBO. En paz quedéis.
DARAJ. Que soseguéis el alma.
(Se van. Ella se asoma al mirador. Rutila una estrella anhelante: es Venus, que vigila.)
BLAN. ¡Claro de luna! ¡Misteriosa calma
en que la noche sus ensueños hila!
(Pausa. Sobresaltada.)
¡Otra vez ha sonado! ¡Y ya tan cerca
que pareció a mis pies!
(Escudriñando el jardín.)
¿Quién anda por el patio de la alberca?
(Reparando en algo que ha caído junto a ella.)
¡Dios mío! ¿Esto qué es?
*(Es una escala de seda
y un billete lo que cayó.
Lee el billete y temblando se queda
como quien no sabe si soñó.)*
(Leyendo.)
"Sujetad bien los garfios de la escala
si os importa mi vida." Y firma... ¡Flores!
¡Es él! Pero ¿en qué mala
tentación ha caído? ¿Y si resbala?
No colgaré los garfios tentadores.
(Pausa. Dudando.)
¿Y por qué no he de verle? El jardín está os-
[curo
y no hay luz en palacio. ¡Sea lo que Dios
[quiera!
*(Con decisión y palidez mortal,
sujetando la escala al barandal.)*
¡Así! ¡Firme! ¡Allá va! ¡Que escale el muro!
*(Ha soltado la escala al vacío.
Ansiedad. Inclinándose al abismo sombrío.)*
¡Horror! ¡Si alguien le viera!
¡Sosiega, corazón! ¡Ya se le siente!
¡Ya se le ve! ¡Qué apuesto! ¡Qué arrogante!
¡Qué noble! ¡Qué valiente!
(Con voz más baja y ansiedad creciente.)
¡Arriba, Flores! ¡Animo! ¡Adelante,

que ya no falta nada! *(Pausa.)*
¡Príncipe!

FLOR. *(Dentro.)* ¡Blancaflor!

BLAN. *(Radiante de júbilo.)* ¡Ganó la balaustrada!
(Flores, apareciendo al mirador.)

FLOR. ¡Al fin, mi fiel amada!

BLAN. ¡Al fin, señor!
(Ella cae en su hombro. El la sostiene.
Una nube discreta
ha velado la luna. Flores viene
como se le ha descrito: a la jineta;
con su cota de malla
entretejida de oro.
Es un príncipe moro,
de hermosa faz y ventajosa talla.
La barba, negra, recortada y breve.
El habla, dulce, y el mirar, de acero.
Tostado por el sol y por la nieve.
Gesto de rey y espada de guerrero.
Blanca la pluma. Blanco el bonetillo.
En la mano, un anillo,
y en el anillo, una turquesa pálida.
Blancaflor se estremece
cual despierta crisálida.
Cuando él la ve en sus brazos, le parece
que se le va a morir. La trae a escena
y, mientras ella casi desfallece,
él, para no besarla, se refrena.
Mas como el fuego entre sus labios crece
y es, ante todo, un caballero,
deposita en la mano de su amada
la viva llamarada
del beso que a la boca iba primero.)

FLOR. ¡Blancaflor!

BLAN. ¡Dueño mío!

FLOR. Dame a besar tu mano
que tiene el blanco lirio por hermano.
Celeste mano de princesa
de tan ligero peso,
que no pesa
tanto como este beso.

Tan sedienta pasión me has inspirado,
que a su tormento vivo encadenado
y no hay fuerzas en mí para vencerla;
¡así, cuando galán voy a ponerla
con un beso en tu mano,
veo que nunca en una madreperla
cabrá la inmensidad del oceano!
¡Blancaflor!

BLAN. ¡Dueño mío!

FLOR. ¡Desde ayer
que la turquesa vi palidecer
presagiando tu mal,
herido estoy, lo mismo que a caer
traspasado por flecha venenosa y mortal!
Y flotantes las crines, sin comer ni beber;
los ijares sangrantes, desgarrado el bridal,
mi soberbio alazán supo vencer
al viento, su rival.
Hemos cruzado montes y llanuras,
hayedos y roquedas, fosos y baluartes,
y coronada de azucenas puras
te he visto, Blancaflor, en todas partes;
en los chispazos de las herraduras,
relámpagos fugaces
de las selvas oscuras;
en los humildes chozos montaraces,
y en el picacho agreste
de las escarpaduras.
¡Tú me has guiado, como luz celeste,
por arenales y por quebraduras!
¡Blancaflor!

BLAN. ¡Dueño mío! Pero esa trompa mora
que a lo lejos se oía
¿no era vuestra?

FLOR. ¡No era sino la voz sonora
de tu calenturienta fantasía!
La trompa de la guardia o del vigía,
¡que yo también que eran tu voz creía!
¡Blancaflor!

BLAN. ¡Dueño mío!

FLOR. ¡Flor más blanca

que la blancura misma de tu nombre!
¡La luz de tu belleza ciega mis ojos de hombre
como los vivos rayos que el sol naciente arranca
a las negras entrañas de la sombra!
¡Milagro de hermosura
que suspende y asombra!
¡Divina criatura,
casta y pura;
de los pies a la frente
toda resplandeciente
de hermosura!
Tuyo será mañana cuanto es mío:
mis palacios de mármoles y oro;
las joyas más preciadas del tesoro
de aquel abuelo mío, campeador y bravío,
que conquistara un reino para el moro;
todo el campo que labra el terruñero;
la mies del meseguero;
las umbrías de fresnos y castaños;
la tranquila boyada del boyero;
los cándidos rebaños
que los zagales pastorean
y que en la soledad de la montaña
como nieve blanquean
en torno al fogaril y a la cabaña;
mis halcones mejor amaestrados;
mis alanos más fieros;
mis pajes, escuderos
y soldados;
mis bosques con sus garzas y sus ciervos;
las vidas de mis siervos,
mi castillo,
y hasta mi corazón, para que sea
milagrosa presea
que abroche sobre el seno tu justillo!

BLAN. Todo eso, señor, que me ofrecéis,
ni será para mí, ni lo ambiciono.
¡Grande es mi pequeñez para ocupar un Trono!
Me basta que me améis;
que os acordéis de mí de vez en cuando.
Aunque me abandonéis

por la infanta Zahara,
os seguiré, señor, idolatrando.
Yo soy harto pequeña
para empresa tan cara.
Ella será la dueña
de vuestro regio señorío.
Dejad que lo disfrute a su albedrío;
que mientras ella sueña
con pediros grandeza y poderío,
si vuestra lealtad no lo desdeña,
yo os pido el corazón: ¡ése sí es mío!

FLOR. Ni esa mujer, ni nadie en este mundo,
podrá torcer mi voluntad de amarte.
Por oírte un segundo,
por tenerte y mirarte
¿qué no daría yo?: cuanto se encierra
en el haz venturoso de la tierra;
cuanto el hombre ambicione;
cuanto es, cuanto fué, cuanto será,
nada conseguirá
que yo te traicione.
¡Oh, Blancaflor, hermosa,
más blanca que la nieve candorosa!
¡Aunque el mundo se opone,
con él o contra él, serás mi esposa!

BLAN. ¡Idos, idos, señor! ¡Si alguien os viera!
¿Qué sería de mí, si pasase cualquiera?
¡A vos disculparían la manera
de allanaros la entrada!
Pero ¿cómo creer que ha sido honrada
la que os tiene la escala y os espera?
¡Dejadme, si me amáis! ¡Ya fué bastante!

FLOR. ¡No basta a mi placer!

BLAN. ¡Señor y dueño mío!
¡Vuestra seguridad es lo importante!
De sobra tenéis brío
para hacer frente a la alcazaba entera.
Pero ¿y si alguien os viese
y, cobarde, os hiriese
desde una saetera?
Las sombras de la noche todavía os encubren.

¡Idos! ¡No deis lugar a delación traidora!
¡Mirad que si os descubren,
no sois vos, sino yo, quien se desdora!
Contemplad vuestro anillo. Ha recobrado
su natural color.
El peligro ha pasado.
¡Volved tranquilo, que si el hondo amor
que me tenéis, conmigo está presente,
ya os volveré a llamar
cuando sienta pasar
nuevas alas siniestras por mi frente!
(Se suelta Blancaflor. Tiembla abrasada
y corre al mirador. No hay nadie en el jardín.
Pero es preciso separarse. Al fin,
Flores vuelve a saltar la balaustrada.)

FLOR. ¡Blancaflor!
BLAN. ¡Dueño mío! ¿Volverás?
FLOR. ¡Pronto! ¡Para llevarte o retenerte!
BLAN. ¡Pues vete, que me espanto de los ruidos me-
[nores!
FLOR. *(Dentro ya.)*
¡Hasta el lecho nupcial o hasta la muerte!
BLAN. ¡Hasta que quiera Dios, príncipe Flores!
(El Príncipe se hunde en el vacío.
Ella se inclina ansiosa hacia el balcón.
Canta una alondra en el vergel umbrío
y desciende el telón.)

ACTO SEGUNDO

La hoguera.

Sala Real del Alcázar. El tono,
la elegancia y la disposición
del salón de Comarex. Un trono
a la diestra. En el foro, un balcón
de dos arcos. Un bello paisaje
castellano se alcanza a lo lejos.
Aliceres de vivos reflejos
y artesón de embutido ensamblaje,

que combina, en la cúpula real,
con marfiles y cedros oscuros,
las estrellas de un cielo estival.
Cuatro arcos horadan los muros
además del balcón. Un fanal
no tamiza fulgores tan finos.
¡Es que son los salones vecinos
áureas celdas de rubio panal!
Remetido en el muro, a manera
de un gran nicho, con alto escalón,
está el trono: una alfombra severa,
dos cojines, un gran almohadón;
un gran solio, que avanza por fuera
sostenido con lanzas lunadas,
y dos tacas con jarras vidriadas.
Una airosa columna ligera
dividiendo el balcón geminado,
y, sobre éste, ventanas angostas
que dan paso a un fulgor tamizado,
cual lucernas de luz cenital.
Grecas de oro. Salientes impostas.
Y, encubriendo el relieve estucado,
estrellado y poligonado,
todo el oro del lienzo mural.
Pavimento de mármoles varios.
Suntuosa la tapicería.
Terciopelos, también suntuarios,
y moblaje de marquetería.
Y en el aire de toda la estancia,
elegido, grandioso y severo,
el aplomo y la noble prestancia
de un salón cortesano y guerrero.
Se supone que, al pie del balcón,
allanada, se extiende la liza;
la tribuna del Rey, el pendón,
el cadalso y la caballeriza.
Nada de esto se tiene que ver.
Y el forillo del fondo, que muda
con la luz que comienza a nacer,
mostrará la muralla desnuda
en las sombras del amanecer.

(Es que el alba comienza a apuntar
a la vez que el telón se levanta.
En escena, Gazul y Nazar.
Luego, Audala y Celindos. Es tanta
la penumbra, que se hace maciza.
Pero el cielo ya no es azul,
y a través de los vidrios, Gazul
mira, atento, hacia abajo, a la liza.
Y Nazar, pajecillo doncel,
bello y dulce como una ilusión,
habla, lleno de angustia, con él,
pero no se acerca al balcón.)

ZAR. ¿Qué miras, Gazul?
ZUL. La hoguera
que están preparando ya.
ZAR. ¿Se ve desde ahí?
ZUL. Entera;
como la liza en que está.
(Salen Audala y Celindos.)
ZAR. Yo no he dormido
con el estruendo y el ruido
de ese artificio.
.IN. Ni yo.
)AL. Ni nadie.
:AR. Malo habrá sido
si hubo alguno que durmió.
:UL. *(Apartándose del balcón.)*
Uno hubo: el Senescal.
:AR. ¿También tú piensas así?
:UL. Y todos piensan igual:
que la sentencia fatal
es obra suya. Pues dí:
¿no procuró siempre el mal
de la cristiana?
'AR. Eso, sí.
IN. Y mil cepos la tendió
para ver si la perdía.
'AL. Hasta que lo consiguió.
Pues si el Consejo falló
el juicio, ¿quién presidía?
UL. ¡El Senescal!

CELIN. ¿Cómo no?
GAZUL. Y la infanta que intrigó
cerca de él cuanto podía.
AUDAL. *De fijo le prometió
*algo bueno.
GAZUL. * Lo que yo
*con gusto la pediría.
CELIN. *Y que ella no te daría.
GAZUL. *¿Quién sabe?
AUDAL. *¡Miren el mozo!
*Aún no le apunta el bozo
*y no hay quien como él se alabe.
GAZUL. *No es alabanza. Es saber
*qué poma tiene el pomar
*que, a fuerza de madurar,
*está a punto de caer,
*y en qué preciso momento
*por milagro se sostiene
*de modo que a tierra viene
*en cuanto la sopla el viento.
AUDAL. *¿Y ésta es de ésas?
GAZUL. * A mi ver.
CELIN. *¿Y ha de ser del Senescal
*la belleza sin igual
*de la fruta cortesana?
GAZUL. *Ha de ser.
*Si olvida Su Alteza Real
*que está en sazón la manzana,
*será lo más natural.
*¡Aunque le pese mañana!
AUDAL. *Lo cierto es que la cristiana
*no ha probado su inocencia,
*y hoy se cumple la sentencia.
NAZAR. *(Que permanecía abstraído.)*
*Pero es acción inhumana.
*La mano me dejaría
*cortar, como estoy seguro
*de que yerran.
AUDAL. * ¿Quién se fía
*de mujer? No juraría
*por ella.

AZAR. Pues yo sí juro.
Es sencillo emponzoñar
un manjar;
decir que nos le ha enviado
quien queremos condenar;
probar que está emponzoñado;
oír el pleito, acusar
y, sin más pruebas, fallar
en contra del acusado.
Si el ánade envenenado
que Blancaflor envió
a la infanta, estaba o no
por Blancaflor preparado,
eso nadie lo probó.
¿Y no es descarado yerro
que la infanta, al recibirlo,
se apresurase a partirlo
y a darlo a catar a un perro?
UDAL. Pero es que el perro murió.
AZAR. El perro; pero ella, no.
UDAL. Pues para dar realidad
al engaño, si lo era,
¿queríais que lo comiera
y muriese de verdad?
AZAR. No, por cierto.
El perro estuvo bien muerto.
Pero fué casualidad
que allí, a mano, le tuviera
con tanta oportunidad.
¿Digo bien?
ELIN. Fué desacierto.
UDAL. ¿Y ella?
AZAR. Tranquilamente,
con el fraile, en su mazmorra,
espera que la socorra
su Dios. Más serena está
que el Rey.
AZUL. Porque no sabrá
lo que la espera.
AZAR. Quizá.
ELIN. Pues si lo supiera,

yo, en su pellejo, hace ya
un buen rato
que muriéndome estaría,
pues me da una sudor fría,
de agonía,
ver tan sólo el aparato.

AUDAL. Callen pajes y escuderos
si en algo su vida tienen.

GAZUL. ¿Qué hay?

AUDAL. Que los lobos vienen.

CELIN. Pues huyamos los corderos.

(Se van los pajes. Vienen, por la diestra Zahara y el Senescal.
Ella demuestra
enojo. El, cuidador
de dar todo rigor
solemne al ceremonial,
viste un arnés de justador
medioeval.
Siniestra la catadura,
bajo el casco de metal,
relampaguea y fulgura
como la espada del mal.)

ZAHA. Os digo que no dormí.

SENES. Pues ¿vuestra aflicción es tanta
por esta sentencia?

ZAHA. Sí.
Hoy, aunque tarde, me espanta.
Como ambición no tenía,
y amor no me dió ocasión,
ni son celos, ni ambición
lo que me guía.

SENES. ¿Y juzgáis...?

ZAHA. Que es demasía
a este extremo haber llegado,
sólo por satisfacer
vanidades de mujer
que a nadie le dan cuidado.

SENES. ¿A nadie?

ZAHA. Al príncipe, al menos.

SENES. Os ruego que pongáis frenos

al corazón.
ZAHA No podré.
¡Infamia sobrada fué
la infamia de los venenos!
SENES. Pues ¿dudáis de que fallamos
justamente?
ZAHA. ¿Quién no duda?
Senescal, solos estamos:
¡no mintamos!
SENES. Pues bien, la verdad desnuda:
¿y el convenio que pactamos
vos y yo?
¿Lo habéis olvidado?
ZAHA. No.
Pero ¿esto lleva al final?
SENES. Derechamente.
ZAHA. Os admiro, Senescal.
¡Sois astuto y sois valiente!
Si en este pleito se muestra
desnuda cada pasión:
yo, el placer; vos, la ambición;
la más terrible es la vuestra,
que no tiene corazón.
SENES. ¿Y si tenerlo procura?
ZAHA. ¿Queréis decir...?
SENES. Que os deseo.
¡Y que mi mayor trofeo
sería vuestra hermosura!
ZAHA. ¡Jamás!
SENES. ¿Olvidáis el pacto?
ZAHA. Relevado estáis de él.
¡Hay cosas cuyo contacto
no puede sufrir mi piel!
Y vos tenéis la terrible
limosidad del gusano.
Yo quiero un hombre sensible,
no un ídolo ni un tirano.
En mi no hay maldad; hay sed.
Pero quiero desear
el agua que he de apurar.
Yo no me doy por merced;

¡el hombre me ha de gustar!

SENES. Sois mudable y altanera.
Mas, por si no lo sabéis,
sabed que la que ahí espera
no es nada junto a la hoguera
que vos encendido habéis.
La doncella y el garzón;
el Trono, el Rey, su blasón;
nobles, magnates y damas;
zocos, palacios y aljamas;
cuantos en mi mano son,
pues no tengo corazón,
¡arderán entre sus llamas
sin piedad!

ZAHA. ¡Sois un monstruo de ambición!

SENES. ¡Y vos, de fragilidad!

(Vase la Infanta Zahara. Como un alucinado ajeno al mundo, y de la vida ausente, el Rey Felice sale. El Senes al, cuadrado, respetuosamente.
En la puerta, un soldado,
y sobre el horizonte, un sol naciente.)

REY. ¿Dónde está la verdad que me alumbre
en este día tan siniestro?
Senescal, mira el sol. Tras de esa cumbre,
parece un vasallo nuestro.
¡Y no lo es! Somos nosotros
los vasallos de su eternidad.
¡Tenemos horcas y hogueras y potros,
pero no tenemos la verdad,
como él!

SENES. ¡Señor!...

REY. Amanece otro día
en mi reino de sombras cubierto.
¡Mi reino parece un desierto!
No hay más que fantasmas en la lejanía,
y todos me acusan a mí.
¡Este amanecer,
es el más sombrío que yo amanecí!
¡Mirar esa pira de leña, y saber
para qué está ahí,

es lo más amargo que yo conocí!
La niña cautiva,
la rama de oliva
que trajo la paz,
se irá consumiendo, lo mismo que un haz
de leña humilde y fugitiva.
Y nadie sabrá, mientra viva,
si fué inocente o no lo fué.
Pero yo, mientras viva, sabré
que cuando era muy pequeña,
el aura de su risa llenaba mi aposento;
que era flor, y era brisa, y era pájaro y viento;
cosa leve y risueña
que alegraba mi pensamiento,
¡ese pobre hacecito de leña
que arderá llegado el momento!

SENES. *(Presentándole un pergamino.)*
Firmad, señor.

REY. ¿Qué me das a firmar?

SENES. La sentencia.

REY. Espera todavía.
Que confiese o proteste; que la oigamos hablar.
Yo aminore su pena; ella, la mía.
¡Quién sabe si ella misma no supo lo que hacía,
o fué una hechicería
quien la inspiró!

SENES. Pero ella lo diría.
¡Es preciso firmar! Hay motivos sobrados.
Ello puede aliviar vuestro dolor.

REY. ¡Todos son flojos para el horror
de los errores consumados!
Si no clementes,
seamos prudentes,
y no juguemos a los dados
con malvados y con inocentes.

SENES. Rey Felice: se impone que la cautiva muera.
Cuando se quiere matar a una infanta que va a
[ser la hija del Rey,
¡se aplica la ley!
¡Cobarde el que espera!

REY. ¡Senescal! ¡Si me vuelves a hablar de esa ma-
[nera
te mandaré arrojar a mi traílla
de feroces alanos,
y rodará tu monda calavera
entre las rudas manos
de mis pecheros de Castilla!

SENES. ¡Nada valen mis huesos
cuando os puedo librar de una mancilla!
¡Azuzadme, señor, vuestros sabuesos!
¡Clavad en mí vuestra cuchilla!
Pero no andéis parco en castigar a la enjui-
[ciada,
o la ofensa que haréis al de Granada
tornará la unión concertada
en odio y alzamiento de su caudillo sanguinario.
Sabéis cuán necesario
es para todos sellar alianzas con él.
Los tesoros vacíos, esquilmado el Erario,
divididos los nobles en contienda cruel,
fatigado el pechero y el menestral,
sin ballesta la aljaba y sin filo el puñal,
con la amenaza del fiero tajante cristiano que
[no se fatiga,
bajo la cruz, de combatir;
el que Granada se os vuelva enemiga
será, para nosotros, sucumbir.
¡Señor! ¡Que nunca se diga
que fuisteis tardo en decidir!
¡Si Granada es amiga,
os dará sus mejores peones,
y sus ballesteros,
y sus caballeros,
y su capitanes,
y sus bisarmas y sus lanzones,
y sus cimitarras y sus yataganes,
y el cuero curtido que embraza la firme rodela
y ciñe la espuela,
y el oro que lleva su cuño al anverso,
y el pan, y la espiga que estruja la muela!...

Y uniendo a los nobles con trompa vibrante la
[nueva tutela,
los pueblos dispersos
verán levantarse la nube que hoy vela
su prosperidad,
¡y podréis oponeros al fuerte ciclón
que baja de Asturias, Galicia y León,
como una avalancha de la cristiandad! *(Pausa.)*
Todo eso es la firma.

REY. ¿Y a cambio?

SENES. Nada;
menos que nada lo que dais.

REY. ¡Una vida!

SENES. Una arena perdida
en el desierto... Una gota tragada
por el mar.

REY. ¡Una mujer!

SENES. Ya veis si es poco dar.
Vos, que hicisteis pasar a sangre y fuego
la humanidad entera,
sin doleros un ¡ay!, sin escuchar un ruego,
cercenando cabezas lo mismo que en la era
cercena espigas el labriego,
¿venís a vacilar
por la existencia pasajera
de una bestiecilla zalamera
que empezaba a rabiar?
Rey Felice, mandadme matar;
pero repito: ¡cobarde el que espera!
¡Cuántas, siendo como ella, murieron en prisión,
las degolló un alfanje, las mancilló un soldado,
o las llevó desnudas al mercado,
sin que vos lo supierais, ni una mala visión
os haya el sueño turbado!

REY. ¡No prosigas! ¡Que lejos de acallar
mi conciencia, la vienes a turbar
levantando un tropel
de imágenes sangrientas! ¡Fuí cruel!
Mi reino es un desierto.
No hay más que fantasmas en la lejanía,

y hoy va haber otro más. ¡Ya veo un hoyo
[abierto
para esta flor tan blanca que yo tanto quería!
¡Cuánto mal! ¡Cuánto daño
en nuestras guerras y en nuestras ambiciones!
¡Y estar sembrando, año tras año,
el trigo de las maldiciones!
Necesario es tener el ánimo seco y rudo
del célibe o del ermitaño,
para saber guerrear y gobernar con prez;
necesario es tener la coraza o el escudo
que llevas tú en el alma, Senescal: ¡tu aridez!
Pues qué, si tú supieras lo que son unos ojos
infantiles mirándose en los nuestros,
¿llevarías en ti tantos abrojos
ni tantos instintos siniestros?
Pues qué, si tú supieras
la grandeza de ver
que ibas formando un hombre lo mismo que un
[muñeco,
como si cada día le añadieras
la virtud o la gracia o el saber,
¿tendrías el espíritu tan seco?
Sólo el que ha conocido
esta labor magnífica y profunda de creador;
¡sólo quien tenga un hijo comprenderá el horror
de verle destruído!
Sabia es la vida, que aparta, en soledades,
al Rey y al gobernante, los goces del hogar.
Le defiende de sus debilidades;
le prohibe sufrir, compadecer y amar.
Sólo el monje en su claustro, o en su tienda el
[guerrero,
o el magnate en su corte, o el sabio en su sa-
[piencia,
pueden mirar la muerte con fría indiferencia.
¡El egoísmo es el enterrador primero!
Os habéis vuelto espaldas al amor,
y por el mundo vais con el alma sumida
en vuestro mundo interior.

¡Es porque os falta el lazo con la vida:
la ternura, el dolor!

SENES. ¡Basta! ¡Basta, señor!
¡Es preciso firmar!

REY. ¡Es preciso! ¡Es preciso!
¡Siempre el eco brutal!
Acerca, Senescal. *(Coge el pergamino y firma.)*
¡Ya logró cuanto quiso
tu designio fatal!

SENES. *(Recogiendo el pergamino.)*
*Favorable, decid. Lleno de temores y perplejidades
*estabais, señor,
*con las veleidades
*y el pleito de amor
*de Flores y Blancaflor.
*Y ella sola, labrando su propio infortunio, os ha dado
*la solución: no ha sido el Rey,
*ni siquiera la ley,
*quien la ha condenado.

REY. *Pues ¿quién entonces?

SENES. * Su pecado.
*Su libre voluntad.

REY. *Si ya he firmado,
*¿por qué te ensañas en tu crueldad?

SENES. Acabemos, señor. Aquí la condenada
y los nobles varones en presencia,
se leerá vuestra sentencia.

REY. Haz lo que debas. Ya no me opongo a nada.

SENES. *(Al soldado.)* Traed a la cautiva y avisad
a los jueces que vengan. *(Mutis del soldado.)*

REY. ¡Cuánto horror!
¿Dónde estará la luz de la verdad?
(Fray Ramiro, apareciendo.)

RAMI. ¡En la piedad!
¡En la sabiduría de Nuestro Señor!
(A las plantas del Rey se ha arrojado
con trágica desesperación,
y grita como un hechizado
y se golpea el corazón.

El Senescal y el Rey, que se han quedado sobrecogidos por su aparición, enmudecen al verle y palidecen con la palidez del acusado.)

¡Majestad! ¡Ten piedad de este monje protervo
que se arrastra a tus pies!

SENES. *(Airado.)*
¿Quién dejó que pasara este siervo?

RAMI. ¡La soledad en que te ves!
¡Llama! Nadie vendrá. Todos están abajo
junto a la puerta de su prisión,
afligidos por ella. Su bondad les atrajo.
¡Cualquiera te aventaja en corazón! *(Al Rey.)*
Os confieso, señor, que sólo yo
soy el culpable del veneno.

REY. ¿Qué dices?

RAMI. Que mi mano lo vertió.

SENES. ¡Miente!

RAMI. ¿Qué sabes tú, charca de cieno?

RAMI. *(Al Rey.)*
Yo merezco morir; pero ella, no.

REY. ¡Loco! ¿Qué vienes a pedir?

RAMI. ¡La muerte!

SENES. Por salvarla, señor.

REY. *(Al fraile.)* ¡Loable intento!
Pero no podemos creerte.

RAMI. *(Suplicante.)*
¡Sometedme a tormento,
y si niego mi acusación
llegado el momento,
que ella sea quemada!

REY. No es bastante.

RAMI. ¿Pues qué he de hacer para ser condenado?

SENES. Salir de aquí al instante.
La locura de un monje extraviado
no turba a un Rey impunemente.

RAMI. Cuendo se entrega un Rey, como siervo obe-
[diente,
a un valido que es hijo del pecado,
ni el Rey asusta ni el valido arredra.
El, de cañizo; tú, de piedra;

se le ve doblarse y caer.
¿Qué necesitas? ¿Sangre que verter?
¡Pues ten la mía! ¡Viértela! ¡No en la hoguera
[sencilla
que es pequeño tormento
para mi perversión, sino en el fuego lento
de la feroz parrilla;
en un penoso y largo sufrimiento!
¡Todo menos mirarla padecer!
(Una pausa. Su acento es tan conmovedor
que el Rey le escucha sin querer
y no sale de su estupor.)
Yo, señor, quiero ser
abrasado en la hoguera.
El fuego es santidad y purificación.
Con el último aliento de la brasa postrera
se me abrirán las puertas de la eterna mansión.
Cada llaga en mi carne será una rosa viva;
cada tizón ardiente, un encendido lirio.
Y en medio de la hoguera rugiente y vengativa,
me veréis sonreír, gozando del martirio.
¡Gozando, hasta sentir el fuego en las entrañas
y los pies por la lumbre terrible devorados!
¡Mi corona de espinas y mi cetro de cañas!
¡Como mueren los bienaventurados!
¡Señor, por caridad, que ella no muera!
Pido mi muerte y la justicia pido.
No ha sido Blancaflor. ¡Yo sólo he sido!
¡Demando ser quemado en esa hoguera.
(Sin hablar, Blancaflor ha salido.
Enlutada.
La blonda cabellera
suelta al viento. Serena. Maniatada.
Formando su cortejo
Mohamed Abdali,
el Verdugo, la Guardia y el Consejo
que preside, solemne, el Alfaquí.)
Y. ¡Me aflige con sus gritos este loco!
AN. *(Apareciendo.)*
Compadeceos de él. Se turba su razón.
(Al monje.)

Recobraos un poco.
¿Por qué gritáis así,
que desde mi prisión
alarmada os oí?

RAMI. ¡Gritaba el bien contra la tiranía
del mal eterno!

BLAN. ¡Estéril griterío!
El mal y el bien nacieron en un mismo día,
y a la vez morirán. Alzaos, padre mío,
y venid junto a mí
a infundirme valor.

(El monje va hacia ella. Todos, en derred sienten una inquietud mezcl da de temor.)

ALFAQ. *(Tomando el pliego de manos del Senescal e inclinándose ante el Rey.)*
Con la venia de mi señor.

(El Rey y su Consejo se han sentado. El Alfaquí se pone en pie para leer. Blancaflor, sola, en medio. Al otro lado, el monje, el verdugo, la guardia y los paj En esta escena han de tener grandeza la actitud y sobriedad los trajes

(Leyendo.) "Visto por Nos y nuestro Conse Real cómo es cometido un crimen y una gr traición contra la infanta Zahara, de Granada, contra su Corona, por llevarle la vida una cr tiana, sierva nuestra, que se dice por nomb Blancaflor, cuien, no teniendo temor de Dios de Mahoma, nuestro santo profeta, quiso da la muerte con cierto ánade ponzoñoso, el cu fué experimentado en un perro, que de con nente murió; mandamos, por la maldad acom tida, que la cristiana sea quemada en vivo que el ánima suya sea disipada del cuerpo aventadas las cenizas de éste, para que a e sirva de castigo y a los demás de ejemplo."

BLAN. *(Al Rey, aterrada.)*
¿Me vais a quemar viva, señor?

REY. El Consejo lo ha decidido.
¿No tenéis nada que oponer?

BLAN. *(Después de dudar.)*

Nada.

ALFAQ. ¿Confirmáis entonces haber
emponzoñado el ánade traidor?

BLAN. No confirmo ni niego. Me entrego al Salvador.

REY. ¿Esperáis un milagro?

BLAN. Ni lo espero
ni lo dejo tampoco de esperar.
Todos vosotros, yo y el mundo entero,
¿qué sabemos lo que ha de pasar
ni qué hay tras de esas puertas aguardando?
Lo habéis dispuesto y me vais a quemar.
Muy pronto moriré. Pero ¿quién sabe cuándo
le llega a cada cual su hora postrera?
¡Quizá antes que yo
seas tú, Senescal, el que muera!

ENES. *(Poniéndose en pie, escandalizado.)*
¡Ya veis que es hechicera!
¡Hace presagios!

BLAN. No.

REY. *(A Blancaflor, suplicante.)*
Aún es tiempo de hablar. Un momento
y será tarde.

BLAN. Rey: por mi Flores lo siento.
Mas para que él reine y gobierne dichoso,
yo tengo que haber sido
una rama tronchada en el bosque frondoso
de su olvido.
"Yo vi morir—dirán—a una mujer,
la más enamorada de la tierra.
Murió serena, sin dar a entender
que la causase pavor lo que a todos aterra.
¡Porque murió sin dejar de querer!"
Como ante un altar,
lo declaro ante todos cuando voy a morir:
¡amo al príncipe Flores sobre todas las cosas!
¡Si volviese a nacer, lo mismo le amaría,
y en un lecho de llamas o un ataúd de rosas,
por su amor, otra vez a morir volvería!

ENES. ¡Insiste todavía!

REY. *(Levantándose.)*
Cúmplase la divina voluntad.

ALFAQ. *(A la guardia.)*
Llevadla.
RAMI. *(Con desesperación.)*
¡No hay piedad!
BLAN. ¡Príncipe Flores!
¡Nadie podrá decir, con lealtad,
que no os tuve el mayor de los amores,
el más sublime y más profundo!
(A Fray Ramiro.)
Dadme a besar la cruz.
RAMI. La luz del mundo.
(Al Rey, mostrándole la cruz.)
¡Esta es la única verdad!
(Pausa. Solemnemente,
el monje ofrece su cruz a Blancaflor.
Ella la alza en sus manos, con divino fervor,
después que la ha besado. Y, reposadamente,
va cruzando la escena camino del tormento,
mientras dice a la cruz esta plegaria
con el sublime acento
que pondría una mártir o una visionaria.)
BLAN. ¡Cruz redentora del Monte Caivario!
¡Santa picota del cuerpo precario
y escarnecido de Nuestro Señor!
¡Tú, que clavada en la triste colina,
aprisionaste su carne divina,
estás ungida de amor y dolor!
¡Dios te bendiga, señal de ventura!
Voy a morir en horrenda tortura,
y, como tú, consumado el horror,
cuando se cierren mis párpados yertos,
¡me quedaré con los brazos abiertos
como si aún esperase al amor!
(Acaba su plegaria y, besando la cruz,
se va. Todos la siguen: el Rey y su cortejo.
Pausa. La escena, sola. Un intenso reflejo
en el paisaje, que es todo alegría y luz.)
(La Reina y Daraja.)
DARAJ. ¡Valor!
REINA. ¡Si estás llorando!
DARAJ. ¿Qué podemos hacer

que esto no sea?

REINA. ¡Cierto! ¡Noche terrible en que la misma idea
temí que me llegase a enloquecer!
*Pero no enloquecí. Ya amaneció.
*Llega el trance fatal. Encenderán la tea,
*y me asombro de ver que aquí estoy yo
*aprobando este crimen.

DARAJ. * Ella es inocente.

REINA. *Pero aunque no lo sea,
*nosotros la empujamos
*al odio, fatalmente,
*cerrándole las puertas de la felicidad.
*¡Nosotros, que arrojamos
*en campos de azucenas sales de crueldad!

DARAJ. ¿Qué hará el príncipe Flores cuando lo sepa un [día?

REINA. Maldecir de nosotros. Y hará bien. ¡Hará bien!
Debimos prevenirle de cuanto sucedía
si tanto le queremos tú y yo.

DARAJ. ¿Cómo ¿Con quién?

REINA. Enviándole un paje. Nazar volado habría
para decirle: "¡Ven!
¡Corre a evitar una acción monstruosa!
¡La niña adorada,
la tórtola hermosa
que canta canciones en tu corazón,
muere triturada
entre las ruedas de la ley y la ambición."
(Pausa.)
Pero me extraña que no haya aquí nadie.
¿Ella está en la prisión
todavía?

DARAJ. No lo sé. Debe estar.
No he tenido valor para bajar
a verla padecer.

REINA. ¡Cordera mía!
(Después de otra pausa.)
¡Si supieras el sueño espantoso que anoche [soñé!

DARAJ. Pero ¿dormisteis?

REINA. No sé si dormí

o si despierta fué.
Sé tan sólo que tanto sufrí,
que ya me moría cuando desperté.
Vi a mi hijo. Montando un soberbio alazán
galopaba hacia aquí por la extensa llanada.
Traía en el arzón colgado el yatagán,
y en la mano esgrimía el rayo de su espada.
La espada era de lumbre. Su galopar, un vuelo.
Como la luz del sol su arnés resplandecía.
Y, según avanzaba, la espada se crecía
alargando sus llamas, hasta tocar el cielo.
Me espantaba mi hijo. Se detuvo ante mí
levantando su espada, flamígera y terrible,
¡y le oí blasfemar y maldecir le oí
lo mismo que a un gigante sobre un dragón ho-
[rrible!
"¿Qué habéis hecho—decía—de mi amada cau-
[tiva?
¡Ante el Juicio de Dios, vuestro hijo os emplaza!
Y en su escudo esta empresa llevará mientras
[viva:
¡maldición y exterminio sobre toda mi raza!"

DARAJ. ¿Maldecía de vos?

REINA. Y tenía razón.
Aún la veo sentarse como una camarera
a mis pies, sonriente, con sus trenzas doradas,
arrollar en el huso o en la devanadera,
como castos ensueños, las madejas nevadas.
O leyendo romances de moros y cautivos,
o haciendo de las flores su cándido solaz,
o en el jardín, corriendo, por los setos furtivos,
a salvar una presa del palomo rapaz.
Gozosa, nacarada, sencilla, transparente,
como blanca celinda de púdicos olores.
¡ Cuántas veces, al verle saludarla inocente,
se la hubiera arrojado en los brazos a Flores!
¡Cuántas le hubiera dicho: "Abrázala, que es
[tuya.
No la tendrás más bella.
No hay camino de amor que en ella no con-
[fluya,

ni manantial de goce que no remanse en ella.
¡Merece ser tu esposa!" *(Transición.)*
¡Pero no lo será!
(Pausa. Daraja, presa de extraña agitación, hace rato que da vueltas, como una fiera en su prisión.)
¡Detén el paso ya,
que pareces una leona enjaulada!

DARAJ. ¿No sentís un olor
como a leña quemada
y a madera
que entra por las rendijas de esa vidriera?

REINA. ¡Oh, cállate ¡Qué horror! *(Nueva pausa.)*

DARAJ. *(Escuchando.)*
¿Oís ese clamor?
(Con decisión.)
Yo he de ver lo que pasa.
(La nodriza, aterrada, mira por el balcón, cuando una luminosa llamarada se alza, tras de los vidrios, como una explo-[sión.)
¡Majestad! ¡Si es la hoguera!

REINA. *(Espantada.)*
¿Ya? ¡Y no lo sabíamos! *(Con indignación.)*
¡Apártate de ahí!
¿Tú, la que le diste la sangre primera,
tienes valor de mirar? ¡Ven aquí!
(Sin poderse tener de la emoción, la nodriza deja el balcón.)
(Pausa larga.)

DARAJ. ¡Qué silencio!

REINA. Ya todo debió terminar.

DARAJ. Callad, alguien viene.
¡No os vean llorar!
(Y entra Nazar. Tal es su alegría, que no se contiene para gritar.)

NAZAR. ¡Majestad! Ya todo ha terminado,
pero dichosamente.

REINA. ¿Qué dices?
NAZAR. Que la sierva...
REINA. ¿Se ha salvado?
NAZAR. Porque era inocente.
DARAJ. *(Ebria de contento.)*
¡Señora! ¡El cielo os ha escuchado!
¡Habla! ¡Cuenta, Nazar!
REINA. ¡Deja que cuente!
NAZAR.
Tranquila como doncella que llevan a desposar,
hasta la hoguera ha subido, blanca si cabía más.
Las gentes lloran al verla; el Rey quisiera llorar.
La mañana resplandece; brilla el sol hasta cegar;
flota en el cielo una nube que es un cordero pascual,
y alondras y golondrinas cantando vienen y van.
Los cuatro hacheros se acercan, da el Alfaquí la señal,
la fogarada ha prendido por cuatro costados ya.
En esto se oye una trompa hacia los bosques sonar.
¡No sonaría tan fuerte el cuerno de don Roldán!
Como empapada en la escarcha del rocío matinal,
al mismo tiempo se niega la leña verde a quemar.
Y el fuego sigue apagándose, y el tiempo pasando va,
y dentro de las murallas se oye la trompa sonar.
El humo parece incienso; el rescoldo, claridad;
alondras y golondrinas descienden de un matacán,
y en torno de Blancaflor, girando y vuelta a girar,
dibujan sobre su frente coronas de santidad.
Y todos gritan: "¡Milagro! ¡Milagro celestial!
¡Es inocente y la quieren quemar!"
Entonces llega un jinete sobre un gallardo alazán.
Misterioso y encubierto, por divisa un "¿Quién será?".
La visera del almete ocultándole la faz,
en la mano su tajante y al arzón su yatagán.
Cruza el campo; va al galope; más que airado, ciego va.
Encabrita su caballo; salta al fuego sin dudar;
arrebata a la cautiva como a pluma el huracán,
y volviendo con su carga de la liza a la mitad,
resplandece en su armadura con airón de garza real;
y todos gritan: "¡Milagro! ¡Milagro celestial!
¡El caballero es un paje de Alá!"
Después que la dulce carga entrega a Su Majestad,

a Juicio de Dios, en campo, desafía al Senescal.
De este modo ha de probarse quién defiende la verdad,
si él saliendo por la dama, o él queriéndola quemar.
Da su venia el Rey Felice; se dispone el Senescal.
Le enjaezan un overo con gualdrapas de justar;
ciñe estoque, toma lanza y rodela señorial,
y aceptando al paladín su combate singular,
hace rato que los dos se acometen sin piedad,
mientras todos dicen que es un milagro celestial,
y el misterioso caballero un paje mensajero de Alá.

(La Infanta Zahara ha salido:
Nadie la ha visto llegar.
Atenta escucha el relato
y dice, airada, al final.)

ZAHA. ¡El pajecillo está loco!
DARAJ. Nunca lo estuvo Nazar.
NAZAR. Mirad, si tenéis valor, si he mentido.
ZAHA. ¿A ver?
REINA. ¡Jamás!

(Al balcón iba la Infanta,
pero, con un ademán,
la Reina, que se ha interpuesto,
impone su autoridad.)

¿A tanta dureza de alma hemos venido a parar,
que están luchando dos hombres y no sentimos piedad?
¿Así somos las mujeres que por Castilla se dan,
que hacemos nuestro recreo del daño de los demás?
Si el extraño justador vence o mata al Senescal,
y, en Juicio de Dios, por él Blancaflor a salvo está,
no es razón para que hagamos placer de la crueldad,
¡que a tanta dureza de alma no hemos venido a parar!

(Y aparece en escena Blancaflor
en brazos de sus damas, desmayada.
Vienen el Rey, el Monje, un justador
de arnés brillante y refulgente espada,
calada la visera, en la celada,
airón de pluma y cabujón bermejo,
y, en fin, detrás, en palatino coro,
el Ayo y el Consejo
y servidores del monarca moro.)

DARAJ. *(Corriendo al encuentro de Blancaflor.)*
¡Señora

REINA. ¡Blancaflor!

ZAMAR. ¡Perdió el sentido!

ALALI. ¡Es un cisne dormido!

ALBO. ¡Un abatido tallo!

REY. *(A las camareras.)*
Llevadla y que repose.

JUST. *(Al Rey.)* Señor: La venia os pido
como el más humilde vasallo,
para que, antes que salga esta dama de aquí,
pueda honrarme ciñendo la sencilla alianza
de este anillo color de esperanza,
a este nardo purísimo, que remata un rubí.
(Quitándose un anillo, dijo así,
llegándose cortés a la cautiva:
y eligiendo el más frágil de los dedos cristia-
[nos,
lo ciñe a él, con emoción tan viva
que se le va a quebrar entre las manos.)
Cuando ella se recobre y pregunte por mí
y os demande quién soy y de dónde he llegado,
decidla que esta piedra la sabrá responder.
El raro talismán que encierra no ha de ser
más que por ella descifrado.
Cuidad de Blancaflor como cosa sagrada.
Queda bajo el amparo de quien, de todos mo-
[dos,
vendrá a pediros cuentas. Y no ha de ser vejada,
perseguida, humillada o calumniada,
sin que caiga la furia celestial sobre todos.
(A las camareras.)
Ahora, las damas, idos. *(Al Rey.)*
Rey Felice, mi empresa está acabada.
(La Infanta, que le mira embelesada,
y desde que él entró se halla hechizada
por no sobe qué extraños filtros desconoci-
[dos.)

ZAHA. ¿Por qué me tiene aquí, como clavada
con esta turbación de mis sentidos?

(La nodriza, las damas, el Monje y Blancaflor hacen mutis. El Rey al Justador.)

REY. Buen caballero andante de la lanza lunada,
de la bruñida cota,
del acicate de oro y el airón señorial.
Aunque mucho me afligen la muerte y la derrota
de mi valiente Senescal,
como en Juicio de Dios le habéis rendido
evitando, a la vez, injusticia y error,
doy gracias al profeta por haberos traído,
y aún os quedo deudor.

MOHA. No le estorba al dolor
la hidalguía.

REY. Las tablas del honor
me mandan acogeros
en mi casa. Y es ley de caballeros
daros, de lo que tenga, cuanto sea mejor.
Mi aposento, mi lecho, mi mesa y mis criados,
como míos, son vuestros. Conque así disponeos
a holgar de las fatigas y cuidados
que os diera vuestra empresa, y a gozar los re-
[creos
de mis jardines y de mis venados.
Mas decidme quién sois y de dónde venís.
Descubríos la faz y dejad que os abrace.

JUST. Señor, lo que decís
es honra y me complace.
Pero cuando hay un designio secreto que a to-
[dos nos fuerza a guardar,
en vano es rogar.
Quien hizo un juramento y lo deshace
no es digno de llevar
crestón de caballero.
Ni puedo declarar
quién soy, ni puedo alzar
mi visera ferrada.
Voy forzado a ocultar
mi nombre, de manera
que antes de declararlo se me viera
caer sobre la punta de mi espada.
Soy caballero andante. No a otra cosa he venido

que a proclamar la inocencia de una condenada.
Ni aspiro a otra merced, ni otro premio he que-
[rido
que probar la maldad con que era inculpada.
Que me abracéis, buen Rey, es honra no igua-
[lada;
y así, buen Rey, el abrazo os lo pido,
que siempre la gracia fué solicitada.
(Como en el ritual espaldarazo
del nuevo caballero y del que le ha investido
el Rey y el Justador, en prieto abrazo
solemnemente se han unido.)

REY. Sea como queráis, huéspede mío.

JUST. Tampoco en eso me cumple acataros;
que vuelvo mis pasos a mi señorío. *(A la Reina.)*
Antes de dejaros,
rendiros, Reina, mi homenaje quiero.
(Rodilla en tierra, la besa la mano.
Para besar, levantó la visera;
mas no dió tiempo a que nadie le viera,
y el Justador sigue siendo un arcano.
Se ve que a la Reina la muda el color
y que se estremece con vivo temblor.)
Y cumplido el honor placentero,
oídme bien ahora
lo que a deciros voy y de todos espero.

ZAHA. *(Aparte.)*
¿Qué extraña angustia me devora
que por hablarle y conocerle muero?

JUST. El amor es lo mismo que el ondular del río.
Todo lo fertiliza,
si su cauce se allana
se extiende y se suaviza.
Pero si se pretende restarle poderío
oponiendo un recia barbacana
a su mansa corriente,
desbordará su furia, vigoroso y rugiente,
y cayendo al vacío,
convertido en torrente,
espumoso y bravío,
todo lo arrasará: la choza, el caserío;

la presa del molino laborioso
con su eterno trasiego;
el redil del pastor;
el encinar frondoso
y el castañar umbrío;
el huerto acogedor,
y el surco del labriego,
que es el pan y el sosiego
bienhechor
¡Y lo que era hasta ayer frescura y riego,
será llanto y dolor
y pesadumbre luego!
Todos hemos nacido del amor.
El es la ley del mundo, y es en vano
querer regirle por humanas leyes.
Eterno soberano,
Papas y Emperadores, paladines y Reyes,
pretenden someterle inútilmente.
Porque, como el azor, se escapa de la mano;
porque, como la sed, nunca escoge la fuente.
Y si a llenar los mares
los ríos van como senda fluída,
los ríos del amor llenan la vida.
¡Es inútil ponerles valladares!
¡Dondequiera que estén, tendrán salida!
Y por eso, repito, Blancaflor es sagrada.
Su amor ha de salir victorioso del mal.
¡Y no ha de verse nunca vejada ni humillada
sin caer sobre todos la furia celestial!
(Fué subiendo de tono; fué ganando la puerta.
Con el verso final, desaparece.
Todos están atónitos. La Reina, medio muerta.
La Infanta en un hechizo que por momentos [crece.)

ZAHA. ¡Extraño y misterioso caballero!
MOHA. ¡Se diría, más bien, una quimera!
REY. ¡Quimera o realidad, evitó justiciero
que un gravísimo error se cometiera!
ZAHA. ¿Quién será?
REINA. ¿Quién será? ¡Por un momento
estuve a punto de morir!

¿No os pareció la voz y hasta el acento
del que todos quisiéramos oír?
(Una pausa. Y apenas el Justador se ha ido irrumpe con Daraja, Blancaflor, que recobró el sentido, y que clama, angustiada, mirando en derredor.)

BLAN. ¿Dónde está? ¡Responded! ¡Os lo exijo!
REINA. ¡Se marchó!
BLAN. *(A los nobles.)* ¡Detenedle, señores!
(Mostrando el anillo que le puso el Príncipe.)
¡La turquesa de azules fulgores
en mi mano! ¡Era él!
REY. ¿Quién es él?
BLAN. ¡Vuestro hijo!
¡El príncipe Flores!
REINA. ¡Era él!
ZAHA. ¡Era él!
REY. ¡Mis caballos mejores!
¡Que le alcancen, volando, en seguida!
(Confusión. Los pajes y algunos nobles vanse precipitadamente.)
MOHA. *(Que mira por el balcón.)*
¡Es ya tarde, señor! ¡Se perdió en los alcores
como una garza perseguida!
¡Como si alas tuviera!
BLAN. *(En éxtasis.)* Y alas son.
¡Las alas del Arcángel San Gabriel!
REINA. ¡Era él!
ZAHA. ¡Era él!
BLAN. ¡No me engañaba el corazón!
ZAHA. *(Por Blancaflor.)*
¡Dios te libre de mí, cristiana fiel!
(Cuadro. La Reina, atribulada. Blancaflor, como en mística visión. El Rey, sombrío. La Corte, callada. Se oye un ruido de rueda engranada; es que va descendiendo el telón.)

ACTO TERCERO

La nave.

El castillo de popa de una galera turca.
Como el castillo es alto y la nave elevada,
se recorta en el cielo; pero no se ve nada
de las aguas que surca.
Cara al público, el barco tiene una inclinación
como hincando la proa hacia la orquesta
y elevándose al foro. Los laterales son
las bordas de costado. La galera va enhiesta,
como un cisne que arrastra su plumón,
de remos y de espumas. Plataforma en lo alto
del castillo. Escalera
practicable, hasta él. Almenas de madera
protegiendo la nave de un asalto.
Sobre la plataforma, torrecilla ligera
con minúscula puerta. En la torre, el pendón;
la rueda del timón
con sus robustos dientes,
y, bajo el torreón,
puerta grande y en arco,
y dos lumbreras transparentes
que dan entrada y luz al interior del barco.
El palo de mesana
con sus velas latinas.
Gran velamen, que llega desde las bambalinas
hasta aforar el cielo. Una imagen cristiana,
sostenida en el mástil por tosco retablillo,
y, encima del retablo, un farolillo
de luz intermitente. Anclas, cubos, barriles;
remos largos, astiles;
vergas, redes, garruchas,
cadenas y cordajes.
El viaje ha sido largo. Sangrientos abordajes,
encarnizadas luchas,
tormentas espantosas,
ardientes calmas y huracanes fieros

han dejado su huella sobre todas las cosas:
velas hechas jirones y audaces marineros.

(Al alzarse el telón aún es noche cerrada;
pero una luna llena resplandece en lo alto,
y todo está teñino de una luz acerada,
violeta y azul cobalto.
Se supone que acaban de sufrir un combate
con un barco pirata. Flores, Nazar y Arqueros,
sobre el castillo, dan magnífico remate
a la sangrienta lucha con los aventureros.
El Príncipe, arrogante,
malcubierto de un rudo
ropón de navegante;
todo el pecho desnudo;
el brazo al aire y el cabello al viento;
curtido por el sol; recio, membrudo;
lleno de agilidad y movimiento;
colgando sobre el mar y sostenido
en una verga, milagrosamente,
esgrime un hacha de abordaje, ausente
al peligro en que está. Nazar, subido
a una escala de cuerda, escruta el mar.
Los arqueros disparan sus ballestas,
y se les ve mirar
hacia las grandes olas de embravecidas crestas.
Asomando a la borda, para guardarse y ver,
el Patrón, el Piloto y el Mercader.
Y más cerca del público, formando grupo apar-
[te,
entre redes y remos, como en un baluarte,
Fray Ramiro y dos monjes descalzos. El pri-
[mero,
recostado en un banco,
tiene el pecho sangrante, y en el hábito blanco
brilla, como una cruz de caballero,
el carmín de la herida, cuyo suave reguero
restañan los dos frailes con amor.
Marineros heridos y esclavos de color.
La estampa ha de tener energía y candor.
Toda la brava poesía

de un navío fantasma, audaz y aventurero.
¡Cómo lo evocaría
la rica fantasía
de un Alberto Durero!
Y dice así Nazar, que es quien habla primero:)

NAZAR. ¡Victoria! ¡Ya zozobra! ¡Ya se hunde el bajel!
FLOR. ¡A las velas, patrón!
PATR. ¡Bien pagó su osadía el pirata de Argel!
FLOR. ¡A los remos, remeros! ¡Timonel, al timón!
¡A ganar lo perdido!
(Confusa agitación. Cada cual va a su puesto.)
¡No hay en la mar entera
quien se oponga a la audacia de la brava galera
en que el príncipe Flores va camino de Oriente!
¡Arqueros! ¡Marineros! ¡Lo mejor de mi gente!
¡Bien os habéis batido!
Pero se acerca el día
en que, por fin, toquemos aguas de Alejandría
y consigáis el pago de cuanto habéis sufrido.
(Bajando de la torre sereno y decidido.)
¿Quién falta?
PATR. Un etíope y un corso, que han caído
al mar.
FLOR. ¡Alá los premie! ¿Y heridos?
PATR. Tres.
YAURO. *(Por Fray Ramiro.)* Y aquél.
FLOR. *(Sobrecogido, y corriendo tras él.)*
¿El monje? ¿Cómo ha sido?
TEOD. Una flecha cruel
rozando el corazón.
RAMI. ¡Nada! Menos que nada. El bautismo sangriento
de todo buen soldado.
FLOR. En verdad que lo siento,
buen monje. *(Aparte a Fray Anselmo.)*
¿Es cosa grave?
ANSEL. No tiene salvación.
No verá clarear la luz del nuevo día.
(Flores, con rebeldía
y desesperación.)
FLOR. ¡Oh, maldito pirata! ¡Lo que yo más quería
me lo has herido a traición!

¡El alma de oro! ¡El faro de nuestra expedición!
¡Ganas me dan, pirata, de volver todavía,
y, arrancando tu cuerpo a los monstruos del mar,
sacarte las entrañas y hacerte devorar
por el furioso enjambre
de mis esclavos negros, que enloquecen de ham-
[bre!
(Pausa. Todo está en calma. Cada cual en su
[puesto.
Nazar y los arqueros han desaparecido.
y dice el monje, con un gesto
de dolor contenido:)

RAMI. Flores, hermano mío. No te alteres así
y cuida de la nave. Es preciso avanzar.
Lo primero es el barco y, conmigo o sin mí,
lo que importa es llegar.

FLOR. *(A los frailes.)*
Entradle en el castillo. La fiebre le devora,
y el frío de la aurora
se empieza a levantar.
(En efecto. Se oye el murmullo del mar,
que en la serenidad augusta de la hora
parece sollozar.
Los dos frailes ayudan al monje a levantar,
y le llevan adentro. Y se siente, hacia prora,
una ola gigante reventar.)

RAMI. Vamos donde queráis.
(Flores le ve marchar
y dice, casi a punto de llorar:)

FLOR. ¡Grandeza singular
la de este hombre! *(Llamando.)*
¡A ver!
¡Philípolo, el patrón,
y Yauro, el mercader!
¡Venid acá!
(Nuevamente aparecen
el judío y el marinero.
Son dos bribones que se perecen
por el dinero.
Uno, apacible; el otro, fiero;

siendo distintos, se parecen
en que son aves de mal agüero.)
(A Philipolo.) Tú, escucha. Llevamos navegando
seis lunas. Prometiste que a la cuarta vería,
en la costa, las cúpulas de oro de Alejandría
relucir en sus alminares.
La travesía es larga. Se dilatan los mares,
y aún no sabemos cuándo
divisaremos tierra. *(Señalando a lo alto.)*
Mira. ¿Ves en la cofa
del mástil de mesana colgar el esqueleto
de Tudelio, el cobarde? Pues como él, te pro-
[meto
que servirás de mofa
y escarmiento de todos, si no fuerzas la nave
para llegar a puerto,
antes de que se acabe
la vida de ese monje. *(Al mercader.)*
Y a ti, Yauro, te advierto
que la carne de un mercader
es manjar exquisito para cuervos y grajos.
Si vais a traicionarme o me vais a vender,
no andéis con arrodeos: echad por los atajos.
Pero pensadlo bien. Pues si yo pago caro
vuestros buenos oficios, también caro me vendo.

YAURO. Como no habléis más claro.

PHILIP. Yo tampoco os entiendo.

FLOR. Que nos vamos torciendo
de la ruta marcada.

PHILIP. La deriva.

YAURO. Señor, no temáis nada.

PHILIP. No niego que seamos capaces, Yauro y yo,
de vender una buena mercancía
si llega el caso. Pero a un valiente, no.
¡Príncipe Flores, si al rayar el día
no alcanzamos a ver Alejandría,
hacedme ahorcar, como decís!

YAURO. Y a mí.

FLOR. Pues basta ya de hablar.
(Nazar salía.
Al verlos, se detiene. Ellos se van.

Y el joven capitán
de la chusma bravía
dice a Nazar:)
¡Tú, ven aquí!
¿Qué sucede?

NAZAR. Que os han amenazado
de muerte, si seguimos sin ver tierra.

FLOR. ¡Cuitado
galeote! No temas. Hoy la verán, Nazar.
La voz que me lo dice no me puede engañar.
¡Es ella! ¡Blancaflor! Se aproxima. La siento
en el rumor del agua y en el silbar del viento.
Díselo a todos. Ella, la cautiva lejana,
palpita en los luceros que anuncian la mañana.
¡Hoy la vamos a ver!

NAZAR. *(Lleno de júbilo.)* ¿Por fin?

FLOR. ¡Por fin, Nazar!
¡La voz que me lo dice no me puede engañar!

NAZAR. ¡Os admiro, señor! ¡Nadie os ha de vencer!

FLOR. ¿Sabes por qué, muchacho? ¡Porque he sabido [hacer
del ideal, deber;
del amor, religión;
de la vida, pasión,
y de mi juventud,
manantial de entusiasmo y fuente de inquietud!
¡Mi alma es un laúd
cuyas cuerdas recogen todas las vibraciones!
¡Mi corazón está repleto de canciones
y palpita embriagado de fuerza y de salud!
Pues ¿sería vivir encerrarme en palacio
y esperar a que todo me lo dieran ya hecho?
No, Nazar. ¡Necesitan, mi frente más espacio,
más distancia mis ojos, y más aire mi pecho!
Quiero ser yo. No un príncipe sin propia volun- [tad.
Y tú, ¿por qué me sigues, si no es por eso [mismo?
¡Nos seduce la libertad!
¡Adoramos el heroísmo!
Blancaflor representa, en este viaje,

vivir y amar. ¡Luchar! ¡La gloria y la ilusión!
¡No cambio por cien tronos el hacha de abor-
[daje,
ni por todo un imperio mi viejo galeón!
¿Qué importa lo que dejo? ¿Qué importa adón-
[de voy,
si me empuja la fuerza de mi propia energía?
No soy lo que otros quieren; lo que yo quiero
[soy.
Y si fracaso y muero, será con alegría.
¡La alegría del fuerte! ¡La que me ha dado el
[mar
en mi ruda pelea por la costa africana!
¡Repíteselo a todos! ¡Ya no debe tardar!
¡Blancaflor nos espera! ¡La veremos mañana!
¡La voz que me lo dice no me puede engañar!

(Vase Flores. Apenas ha salido,
agazapándose, sin ruido,
como lobatos traicioneros
que su presa vigilan,
vuelven los marineros.
Las estrellas rutilan
en el harén de los luceros.)

RUME. ¿Qué decía tu amo?
NAZAR. Que ya nos falta poco.
Que mañana llegamos.
EFFRA. ¡Siempre dice lo mismo!
OMAR. Y mañana, tampoco.
CASARI. Y por más que rememos
ni se divisa tierra ni se acaba este viaje.
UME. Ni el maldito oleaje
que nos muele a bandazos.
FFRA. Juro que de saber
todos los infortunios que íbamos a correr,
no me engancha el patrón.
MAR. Ni a mí.
ASARI. Fieras tormentas.
UME. Piratas y corsarios.
FFRA. El vómito y la peste.
MAR. Los grandes huracanes.
ASARI. Y las calmas sedientas.

RUME. ¡Y a remar, galeotes, cueste lo que nos cuest
¿Hicisteis algún viaje tan terrible como éste?
EFFRA. No, a fe.
OMAR. Ni más inútil, si echamos bien las cuenta
¿A qué vamos?
RUME. A un puerto donde no hemos de entr
EFFRA. A por una cautiva, que tal vez no esté allí.
KASARI. ¡A asaltar un serrallo y a robar una hurí!
OMAR. Empresa baladí
para tanto sufrir y navegar.
RUME. Sólo falta que ahora, cuando lleguemos, ella
no esté donde suponen.
NAZAR. ¡Sería aciaga estrella!
RUME. Pero tu amo, el príncipe, ¿cómo logró saber
el nido de la tórtola?
NAZAR. Es largo de contar.
EFFRA. Más largo es navegar
teniendo que velar,
deseando dormir y sin poder.
OMAR. Conque cuenta, Nazar.
Si no hay nada que hacer,
mataremos el tiempo en escuchar.
(Es un cuadro de esclavitud.
Vanse tendiendo en actitud
de dormir o escuchar. Se sienta el paje,
y mientras habla y cada uno asiente
o le interrumpe rudamente,
sigue el barco su viaje
hacia el remoto Oriente.)
NAZAR. La cristiana y el príncipe se amaban. El la ha
salvado de morir. Pero los dos estaban
separados, y un día,
cuando menos lo sospechaban,
la cristiana desapareció sin que ninguno lo
[virtie
Se removió, buscándola, la fortaleza entera;
se batió la comarca; se dijeron pregones;
pero todo fué inútil. No volvió a aparecer.
Ya de vuelta al Alcázar, el príncipe, al saber
lo ocurrido, sospechó traiciones
y se entregó a observar.

RUME. ¡El gato olfateaba los ratones!
NAZAR. Pero no los pudo cazar.
Entretanto, una infanta con la que iba a casar
por mandato del Rey, trataba cada día
de atraerle con mil tentaciones
para ver si le seducía.
Y rabiaba y mordía
el terciopelo de los almohadones.
OMAR. ¡Que estuviera en la nave y ya vería
lo que eran lobos y leones!
NAZAR. El monje, en tanto, por su parte, hacía
también averiguaciones;
y yo, que con los dos simpatizaba
a mi vez, escuchaba
lo que hablaban en cuadras y rincones,
las celestinas y los bigardones.
Uno de éstos, un tal Fierabrás,
cristiano renegado de mala catadura,
que servía en palacio de verdugo, y que en más
de una ocasión probó
el potro de la tortura,
en trance de morir, se arrepintió
y, a solas con el fraile, confesó
dónde estaba la dama, quién la había robado;
cómo llegando Yauro, el mercader,
a palacio, le habían sobornado
para que se llevase a una mujer
y la vendiera en un mercado.
Cuando lo supo el príncipe, prometió rescatarla,
y, dispuesto a buscarla,
solicitó del Rey fletar una galera.
RUME. Pero ¿el Rey...?
NAZAR. Se negó. Porque de esta manera,
siendo ajeno al secuestro y al embarco en Va-
[lencia,
creía para siempre asegurada
la dicha de su hijo, sin que en nada
le remordiese la conciencia.
Mi amo, entonces, fué con el monje a un con-
[vento,
y relatando el caso a la comunidad,

pidió ayuda a los frailes con tan sublime acen
y tal sinceridad,
que los movió a la empresa del rescate
y obtuvo cuanto quiso para la expedición:
dineros para el flete, hombres para el combat
dos frailes que los sigan en su noble misión.
y, en fin, una custodia de rica pedrería,
donde reluzca, al sol de Alejandría,
el cuerpo blanco de la comunión.

RUME. Un príncipe, una esclava, un fraile loco,
una historia de amor y un alma ruin.
¡Pasar tantas fatigas por tan poco!

OMAR. ¡Hemos echado el viaje, como no haya botí
(Nazar y algunos hombres se van. Otros s
[tiende
a dormitar en un rincón.
Las estrellas se borran y los cielos suspende
lentamente, su iluminación.
Una pausa. Los frailes salen del torreón.)

ANSEL. Os digo, fray Teodulfo, que fué debilidad
consentir en tamaña sinrazón el abad.
Se dejó conmover con harta ligereza.
Ya veis con qué desastre la expedición empiez
Fray Ramiro se muere. Nosotros no sabemos
si veremos la costa o si antes moriremos.
Y si, por fin, llegamos a un paraje seguro,
¿podremos predicar la fe? Nuestro futuro
está lleno de brumas. ¿Cuánto mejor no era
la oración en el huerto o en la celda severa,
que esta vida azarosa con gente maleante
y desalmada?

TEOD. Hermano, sigamos adelante.
Por fortuna, ya es tarde para reflexionar.
Cumplamos el mandato. Dejémonos llevar
por Dios. Os hallo poco dispuesto al sacrificio
Las misiones a Oriente son el mayor servicio
que nuestro sacerdocio puede hacer al Señor.
La santa fe católica se afirma con dolor.
Catequizar muslimes, batir el islamismo.
Dar a los musulmanes el agua del bautismo.
¡El triunfo de la Cruz sobre la media luna!

Esta es nuestra misión. Más alta no hay ninguna.

ANSEL. Pero nosotros solos, ¿qué podemos hacer
en una inmensidad?

TEOD. Semillarla. Verter
ese grano perdido del que nace una espiga.
La espiga verterá cien granos. ¡Dios bendiga
nuestra predicación y ella florecerá!
Y si el viaje es estéril, siempre conseguirá
librar una cautiva de perderse o morir,
y—lo que vale más, hermano—convertir
a nuestra fe este príncipe, todo amor y heroísmo.

ANSEL. ¡Gran conquista sería para el catolicismo!
¿Créeis...?

TEOD. Esa es la obra de fray Ramiro. Un día
y otro día, ganando su corazón, no hacía
sino atraer al hombre hacia la santa idea.
Y, según fray Ramiro, el príncipe flaquea.
La gratitud le vence, si no la inclinación.
A nosotros nos resta decidir su razón
y conquistar su alma con el amor cristiano.
Y ya lo sabéis todo. Ahora silencio, hermano.
(Flores, vuelve. En el cielo, un resplandor lejano.)

FLOR. ¿Y el buen monje?

TEOD. Se ahoga en la cámara y quiere
estar sobre cubierta.

FLOR. Sacadle. Si se muere,
que sea respirando la majestad de Dios.
(Hacen mutis los frailes. Cuando se van los dos el Príncipe escudriña la claridad primera.)
¡Ni un anuncio de tierra! ¡Galera, sigue en pos
de tu ideal! ¡No cejes! ¡Blancaflor nos espera!
¡Hay que hundirse en el mar o hay que llegar,
[galera!
(Sale Yauro.)

YAURO. ¿Os puedo hablar, señor?

FLOR. Ya tardas. ¡Habla!

YAURO. Si no miente Philípolo y llegamos
hoy a puerto, cumplida la mitad
de mi trato con vos habrá quedado.

FLOR. Justamente.

YAURO. ¿Yo debo percibir?...
FLOR. Mil zahenes de oro.
YAURO. Ese es el trato.
FLOR. Que con los mil que adelanté en Valencia...
YAURO. Suman dos mil; los número son claros.
Pero aún nos falta lo mejor.
FLOR. De acuerdo.
YAURO. No es empresa tan fácil, sin embargo.
La torre tiene muros y guardianes,
celosías, cerrojos y candados.
FLOR. Fácil considerabas asaltarla.
YAURO. Pero a medida que nos acercamos,
voy recordando bien, y los recuerdos
van las dificultades precisando.
FLOR. Comprendo. ¿Cuánto más?
YAURO. Es imposible
fijar precio a la hazaña. Vos, fijadlo.
FLOR. ¿Te basta con doblar lo convenido?
YAURO. Sean seis mil en junto, y por firmado.
FLOR. ¡Sean!
YAURO. Y nunca supongáis en mí
codicias de judío veneciano.
FLOR. No me ofendió Venecia. A cambio de esto,
¿puedo saber lo que me ofreces, Yauro?
YAURO. Que logréis penetrar hasta la Torre
de las Doncellas.
FLOR. Te honra tu descaro.
¿No acabas de decir que hay peligrosas
dificultades que vencer?
YAURO. Obstáculos
ligeros de allanar teniendo astucia.
FLOR. ¿Conoces bien la vida de palacio?
YAURO. ¿Qué cosa habrá en el mundo que yo ignore
La Tierra es más pequeña que mi mano
para mi afán, y no hay rincón en ella,
por remoto que esté o inexplorado,
donde no hayan anclado mis navíos
o hayan puesto su pie mis dromedarios.
En habiendo dinero, no hay distancia
que lo sea, ni pórtico cerrado,
ni guardián cuidadoso, ni lenguaje

que no se entienda, ni país extraño.
Cosa es ésta, la única, en que el hombre
está, de Dios, en el poder cercano:
en poseer dinero. Habiendo lucro,
vende hasta los infiernos el diablo.

FLOR. ¡Has nacido sin alma! Eres tan sólo
un mecanismo de cartón y trapo.
Si te abriera en canal, como sería
mi gusto...

YAURO. ¡El mío, no, señor magnánimo!

FLOR. Te encontraría, en vez de corazón,
un puñado de oro ensangrentado.

YAURO. ¡No me lo haríais bueno!

FLOR. No, por suerte.
Porque, de ser verdad, para sacártelo
y acariciarlo bien, capaz serías
de desgarrarte el pecho.

YAURO. ¡Gran engaño
creer que yo no sufro como todos!
Este pícaro oficio es muy amargo.
Sufrí con Blancaflor más que creéis.
Recuerdo bien la tarde que al palacio
de vuestro padre, declinando el sol,
llegué con mis acémilas, llevando
lo mejor que hasta Córdoba traía
en joyas y tejidos de Damasco.
Quiso vuestro infortunio que una infanta,
de oscura tez y de brillantes aros
colgando en las orejas, me ordenase
abrir mis cofres y mostrar mis paños,
y que, mientras pasaban por sus dedos
sedas, plumas, corales y topacios,
dejase deslizar en mis oídos
promesas fabulosas si, aceptando
cierta complicidad con un bribón,
sacaba una cristiana de palacio
y la llevaba lejos a vender. ¡Os juro
que se me hacía el corazón pedazos
considerando la perfidia humana!
Mas ¿qué podía hacer, si a cada paño
o a cada brazalete que mostraba

la dama iba su oferta acrecentando?
FLOR. ¡Miserable la infanta!
YAURO. ¡Enamorada!
¿Pensáis que no sufrí, como un cristiano,
al ver a la cautiva en una mula
cruzada y amarrada sobre un fardo?
Mas ¿qué podía hacer, si en otra mula
cargaba al mismo tiempo cuatro sacos
de oro granadino? Lo que hice.
Tener paciencia. Proceder con tacto
y no venderla allí, sino en Oriente,
que es donde se proveen los serrallos
*y pagan bien. ¿Creéis que no sufrí
*con los gastos del viaje y los cuidados
*que supone llevar a una mujer
*sin que pierda hermosura ni regalo?
FLOR. ¡Calla! ¡Calla, codicia sin entrañas,
que, para no mancharme, no te mato!
YAURO. Ya en Trípoli también pasé lo mío.
Sobre un muelle de jaspe y alabastro,
se alza una escalinata con un pórtico
de columnas, como un templo sagrado.
Mil mujeres desnudas, como nube
de apretadas palomas o rebaño
de corzas inocentes, se apiñaban
sobre el resplandeciente anfiteatro.
*Morenas como el ébano de Libia;
*doradas como el oro de los campos;
*alegres como el sol de la mañana;
*tristes como la tarde; de ojos claros
*como los jades pérsicos; ardientes
*como la llama del volcán o cándidos
*como el casto mirar de la gacela
*que recorre el desierto. ¡Era el mercado
*destinado al amor! Sólo a las jóvenes
*y a las hermosas permitía el paso.
De toda condición y toda casta.
Rosas de la ciudad, flores del agro,
sedientas de vivir; sacerdotisas;
núbiles pudorosas, de tempranos
y anhelantes instintos, sonriendo

o sollozando sin cesar. ¡Oh, cuánto
padecí contemplando a la cristiana
maltratada por todas! Pero al lado
de aquel pesar, me consolaba ver
que, siendo la elegida, iban pujando
su oferta, poco a poco, los postores.
¿Qué podía yo hacer, príncipe amado,
cuando al verse obligada a despojarse
de sus honestas túnicas, llegaron,
porque ella se negaba con pudor,
a descargar en su belleza el látigo?

FLOR. ¡Miserables!

YAURO. ¿Qué hacer cuando después
surgió entre las columnas, en lo alto,
desnuda por completo y esplendente
como una diosa?

FLOR. ¡Monstruoso Yauro!
¡Cállate ya! ¿No ves que me destroza
como garra de tigre tu relato?
¿No ves que no te arrojo a los abismos
porque te necesito? ¡Horrible escarnio!
¡Tú, Blancaflor, desnuda ante los hombres
y flagelada por grosero látigo! *(A Yauro.)*
¡Y todo por tu culpa y por la de esa
infanta despreciable! ¡Vil gusano!
¡No se manche mi daga! ¡Apártate!
¡Pero no sigas, por piedad, hablando!

YAURO. Pero todo pasó. Llegado a Trípoli
el mayordomo del Emir del Cairo,
puso fin a tamaños infortunios.
Su señor, que moraba en el serrallo
de Alejandría, precisaba entonces
una mujer. De antiguo está mandado
tener siempre en su torre cien doncellas.
Ciento han de ser. El número es sagrado.
Ni una más, ni una menos. Por entonces,
una argelina pereció en el baño.
Blancaflor la suplió. No os aflijáis.
El Emir es prudente, si no casto,
y estoy seguro de que aún no habrá
en Blancaflor siquiera reparado.

FLOR. Pero si así no es, ¡ay de vosotros!
¡Ay de ti y de la infanta, y ay de cuantos
procurasteis mi mal!

YAURO. Las excelencias
de los buenos defienden a los malos.
¡Y vos, señor, tenéis tantas virtudes,
que los bribones a cubierto estamos!
(Vase Yauro mirando de través.
Pausa. Sacan los frailes al beato extendido
sobre unas parihuelas. Flores va, conmovido,
en su ayuda. Y los tres
le procuran solícitos su mayor interés.)

FLOR. Ponedle aquí.

RAMI. Y dejadme con el príncipe a solas.
(Pausa. Se van los frailes. Empieza a clarear.)
Flores, escúchame: es preciso llegar.
El navío es muy viejo, incansables las olas
y vais muy pronto a naufragar.

FLOR. Os fatigáis. No habléis y quedaos dormido.

RAMI. Lo de menos soy yo: un soplo de ideal.

FLOR. El que nos ha impelido
y empuja como el viento las velas de mi barco

RAMI. Cuando la flecha sale disparada del arco,
¿qué importa que se extinga el impulso inicial
Yo ya cumplí mi obra: ayudarte a partir
y ponerte en camino. Ahora puedo morir.

FLOR. ¡Blancaflor nos espera!

RAMI. Lo sé. Nos ve llegar
desde su cautiverio. Nos presiente a los dos.
Yo soñaba con verla, pero no quiere Dios.
Me basta con saber que la vas a salvar.
(Suspira, más que hablar.
El Príncipe le escucha sentado en un tonel.
Y se diría un padre que próximo a expira
da consejos a un hijo que llora junto a él.)
Ella te guiará entre monstruos y endriagos,
como el astro de Oriente que guiaba a los Ma
[gos
Como a nosotros hoy—los nuevos argonautas—
nos guía en estos mares, donde celestes flauta
cantan sobre los vientos, su nombre, al resbala

Esta nave que surca la soledad del mar
es la de los cruzados de una causa de amor.
A todos nos anima la ausente Blancaflor.
Y Dios, que desde arriba nos señala el camino,
santifica este afán que, profano o divino,
nos saca de peligros y nos lleva a seguro.
Jura morir por ella o salvarla.

FLOR. Os lo juro.

RAMI. Gracias, Flores. Mi alma no sabe, en puridad,
si hoy nace o muere. Acaso ahora está naciendo.
La vida es gestación para la eternidad.
El mundo es una cuna que nos está meciendo.
Así el mar. Así todo. ¡Euforia inefable
de sentirse morir transportado de amor!
¡Príncipe! ¡A Dios le pido que te haga invulne-
[rable
para salvar a Blancaflor!

FLOR. Estáis febril.

RAMI. ¿Qué importa? Ya la noche clarea
y descorre su velo,
para que yo la vea.
Se me nublan los ojos, pero veo mejor.
Mira allá, por Oriente. ¿No ves un resplandor
como un arco lejano? Es la entrada del cielo
que se abre a un pecador.
¡Puerta de oro! ¡Se abre y veo el Paraíso!
¡Alguien sale! ¡Alguien viene con un paso in-
[deciso,
como si le llamaran y no supiera dónde!
¡Es aquí! ¡Yo te llamo! ¡Se detiene!
¡Me ha oído y me responde!
¡Es ella! ¿No la ves?

FLOR. *(Como alucinado por el delirio del monje.)*
¡Es ella!

RAMI. *(Llamando.)* ¡Aquí! *(Breve pausa.)*
¡Ya viene!
(Los dos miran al mar como dos poseídos.
Mas pronto escapa Flores al hechizo fatal.
No así el monje, que, irguiéndose, con los bra-
[zos tendidos,
sube en excitación hasta el final.)

¿No la ves cómo rompe las cortinas de bruma?
Viene, como Jesús, sobre la espuma,
con su nimbo de santa,
su manto suntuario
y su corona de oro.
La niebla se levanta.
¡El mar es un hermoso antifonario
y el oleaje un coro
que sus virtudes canta!
*Viene, como los ángeles, desplegando unas [alas;
*pulsa, como las vírgenes, un pequeño salterio,
*y va, como los mártires, ascendiendo entre es- [calas
*de querubines, y un celeste sahumerio
*la envuelve en una nube misteriosa.
¡Pero ha roto la niebla y la veo llegar
en un carro de oro, que deslumbra al rodar,
cada vez más humana, cada vez más hermosa,
como la diosa Venus cuando salió del mar!
(De pronto, con espanto singular.)
¡Herejía! ¡Visión, no quiero verte!
¡Apártate! ¡A la hora terrible de la muerte
no quiero verte, para no pecar!
(Vencido de terror,
y apartando la vista de la visión lejana
para clavarla con fervor
en la imagen cristiana
del palo de mesana
que parece mirarle con amor.)
*¡Blancaflor, sálvame! ¡Llévame de la mano
*a presencia de Dios, y devuelve la calma
*a este barro liviano
*donde se agita el alma
*torturada de un pobre cristiano!
¡Sálvame, que me siento perdido!
¡Sálvame, que al mirarte he sentido
no sé qué monstruoso temblor!
¡Sálvame, Blancaflor salvadora!
¡Tú que puedes hacerlo, señora,
sálvame de morir con horror!

¡Que al brillar en Oriente la aurora
quiero estar a los pies del Señor!
(Rígidamente, cae sobre la almohada.
Emerge el sol y se ilumina el mar.
Flores dice a los frailes, con voz emocionada mirándoles llegar:)

FLOR. ¡Venid los monjes! ¡Fray Ramiro ha muerto!

TEOD. ¡Muerto!

FLOR. Mirad. Partió con su ideal cumplido:
morir por Blancaflor. ¡Era un pájaro herido
que se cayó en el mar sin alcanzar el puerto!
¡El mar, esa infinita sepultura,
guardará para siempre su grandeza!

TEOD. ¡Príncipe! Tu ventura
a él se la deberás. ¡Para que triunfes, reza!
(Flores duda un instante.
Luego se hinca de hinojos.
Los frailes se arrodillan. Un sol vivo y brillante
ha teñido las velas de resplandores rojos.
En el mismo momento
se oye una voz, que alarga el viento,
gritando: "¡Tierra!" Y ante Flores, mudo,
sobrecogido de emoción,
hasta llenar la escena, con su júbilo rudo
va saliendo la audaz tripulación.)

RUME. ¡Tierra!

OMAR. ¡Príncipe, tierra!

EFFRA. ¡Una costa cercana!

KASARI. ¡Una faja de arena que comienza a brillar!

PATR. ¡Las arenas de Oriente!

RUME. ¡La tierra que ha surgido de repente
en medio de la mar!

PATR. Porque la bruma la envolvía
y la despeja el sol.

FLOR. *(A Nazar, que sale.)*
¡Mira, Nazar!
¡La voz que me lo dijo no podía engañar!

NAZAR. ¡Un puerto!

RUME. ¡Alejandría!

PATR. ¡Las cúpulas de oro que anoche os prometía!

FLOR. *(A Rumelio.)*
¡Salve, piloto!
TODOS. ¡Salve!
YAURO. ¡El triunfo es para mí!
¡Las torres del serrallo!
¡Señor, miradlas desde aquí!
¿No veis sus minaretes fulgurar como el rayo
sobre unos muros de rubí?
(El Príncipe ha subido la escalera del puente.
Su paje le sigue. Va detrás su gente.)
FLOR. ¡Minaretes del harén
donde gime Blancaflor!
¡Torres de mi deshonor
y cárceles de mi bien!
¡Bahía que en cada onda
finges, con blanco y azul,
una perla de Estambul
o un diamante de Golconda!
¡Jardín de oro bruñido!
Laberinto de azulejos
que en el mar has extendido
la alfombra de tus reflejos!
Sobre la ciudad, vestida
de nácar y oro, a tus plantas,
parece que te levantas
a darme la bienvenida,
porque ignoras que tu harén,
desde hoy, inseguro está.
¡Cierra tus cámaras bien!
Inútil todo será;
fortaleza donde amor
tiene fieros guardadores:
¡que hoy viene el príncipe Flores
a llevarse a Blancaflor!
(Y, mientras que le escuchan todos con emoción
la majestad severa
con que cae el telón,
va borrando la estampa aventurera
del viejo galeón.)

ACTO CUARTO

El serrallo.

Un laberinto en el jardín
del serrallo de Alejandría,
lleno de fuentes y de flores,
ebrio de luz y paganía.
Cuatro salidas laterales.
Ante un seto de arrayán,
un banco árabe. A lo lejos
el gran palacio musulmán.
Hay mucha luz. Es media tarde.
El laberinto se deslumbra
con mil reflejos irisados
que sobredoran la penumbra.
Es el Jardín de las Mujeres,
donde, en sus ocios, el Emir,
se complace en abandonarse
a no pensar y a no sentir.
En las frondas exuberantes
de la tarde primaveral,
se oye cantar al surtidor
su melodía de cristal,
y se aspira un vivo perfume
embriagador y sensual.
En el brillante cielo azul,
en la lejana columnata
del palacio, que, misterioso,
en los estanques se retrata,
y en el aire, y en el silencio
de cuanto sueña alrededor,
palpita el soplo tentador
de cien alcobas sacerdotales.
¡Es el Palacio del Amor
de las mujeres orientales!
Es todo el Oriente mágico,
sugestivo y encantador,
con el regalo de sus líneas,

de su riqueza y su color.
Fiesta esplendente de los ojos,
ensueño de suntuosidad:
¡en el fausto de Babilonia,
las tradiciones de Bagdad!
El serrallo debe tener
el carácter de su islamismo:
recargado en el ornamento
de un pesado bizantinismo.
Hasta las tapias del jardín
se desborda la primavera:
cidros, adelfas y magnolios,
el tamarindo y la palmera,
el sicomoro y el ciprés;
el lauro rosa de Samaria
y las rosas de Jericó.
¡Todo en la pompa suntuaria
de un parque real que floreció!
Juegos de agua. Escalinatas.
Setos de anémonas y jacintos.
Y naranjos y gladiolos
y nenúfares virginales,
que al pie de los terebintos
abren su estrella en los canales.

(Se alza el telón. Sobre almofallas
o en colchonetas de oro tejidas,
cinco mujeres del harén
están sentadas o tendidas.)
(Son Blancaflor, que viste ahora
túnica blanca y almaizal,
y sus hermanas de clausura
Persia y Moraima, Diznardo y Guadal.
Diznarda viste túnica malva;
rosada, Persia; Moraima, azul.
Y Guadal, sola y aparte, en silencio,
como una esfinge, vestida de plata,
parece oculta en su peplos de tul.)

MORAI. *(A Blancaflor.)*
Flor de Azahar, ¿no lloras hoy?

PERSIA. Desde que entraste en el harén
siempre lloraste.

)IZNAR. ¿Es que este día
te anuncia amor?
LAN. Me anuncia bien.
Sólo por ser Pascua Florida
creo en su influjo bienhechor;
pues siempre fué para mi vida
fecha solemne. ¡Ved mi anillo!
¡Ha recobrado su color!
(Todas miran la sortija.)
ORAI. ¿Y qué presagia?
LAN. Dicha cierta:
cosa cercana y venturosa.
ORAI. ¿Que hoy el Emir te va a elegir
para ser un año su esposa?
LAN. Ir a los brazos del Emir
sería la peor cosa
que me podía suceder.
¡El anillo no ha de querer
desventura tan espantosa!
*(Todas la miran con asombro.
Guadal se yergue de repente
y, sin hablar, la mira también,
cual mordida por una serpiente.)*
RSIA. ¿Espantoso reinar en palacio
durante un año con tu señor?
ZNAR. ¿Vivir con él y disfrutar
un año justo su favor?
AN. ¿Un año justo?
)RAI. Así lo manda
la ley sagrada: un solo año.
Ni día más ni día menos.
AN. Plazo cruel; término extraño.
¡Un año! ¡Un sopio para amar
y un siglo para aborrecer!
)RAI. Flor de Azahar, ¡tú eres cristiana
y no lo puedes comprender!
El amor aquí es sumisión,
goce callado y obediente.
¡Nunca pasión,
como en tus tierras de Occidente!
Si tu señor te elige un día,

el profeta sea alabado.
Si tu señor te arroja luego,
como a un mendigo, de su lado,
alabado sea también,
porque fuiste favorecida
por tu señor con unas horas
que nos llenan toda la vida!

BLAN. ¿Toda la vida? ¿Nunca más
volvéis a verle?

PERSIA. ¡Nunca más!

BLAN. ¿Y le olvidáis?

DIZNAR. Eso ¡jamás!

BLAN. ¿Vivís entonces del recuerdo
de su favor?

MORAI. Constantemente.
El amor aquí es sumisión,
goce callado y obediente.
¡Nunca pasión,
como en tus tierras de Occidente!

BLAN. Mas, decid: si hasta hoy he librado
de los caprichos del Emir,
¿tendré algún día, fatalmente,
que sucumbir?
¿Todas, más tarde o más temprano,
vamos a él?

MORAI. No, por desgracia.

PERSIA. *(Suspirando.)*
¡Muchas, no!

DIZNAR. ¡Y en esta vida es lo cruel
ver que el Emir nos desdeñó!
(Guadal, otra vez al oirlas,
en su mudez se estremeció.)

BLAN. ¿Es lo cruel?

MORAI. Y lo frecuente.
Pues la existencia del Emir
es muy corta para vivir
cien amores. En el harén
somos ciento a esperar que nos llame,
y él no puede llamar a las cien.

DIZNAR. ¡Su juventud sería eterna!

PERSIA. Y nosotras que sólo estamos

cinco años en el harén.
BLAN. Pues ¿y luego?
MORAI. A servir pasamos
de criadas a las otras cien.
Solamente las que consiguen
ser llamadas al real favor,
disfrutan luego de un retiro
lleno de fausto y esplendor.
PERSIA.
(Que se ha levantado y mira hacia la izquierda.)
¡Preparaos! Los servidores
bajo la adelfa han extendido
la almofalla y el almohadón.
(Todas se levantan.)
DIZNAR. ¡Llegó el momento!
BLAN. ¿Qué momento?
MORAI. La ceremonia de la elección.
¿Ves un arbusto lleno de adelfas
que diez injertos de diez colores
hacen que nazcan por maravilla,
de cada rama distintas flores?
¿Ves una fuente, bajo su sombra,
en cuya taza la espuma vierte
a deslizarse por un canal?
Pues son la fuente de tu destino
y el árbol mágico del bien y el mal.
Todos los días entre sus flores se muere una.
Todos los días entre sus flores nace una nueva.
Y la que nace brota orgullosa de su fortuna,
y la que muere cae en el agua que se la lleva.
Es la que muere favor que acaba,
amor que huye, gloria finita.
Es la que nace favor que empieza,
encumbramiento de la que menos se lo esperaba,
y nueva risa de favorita
que por los patios se precipita
como una flecha que se nos clava.
Todos los años, en este día,
bajo la adelfa viene el Emir,
y como el árbol tiene virtudes de hechicería,

es quien le guía
para elegir.

BLAN. ¿Y cómo dice cuál es de todas la señalada?

MORAI. Por los colores con que se adorna la nueva fl
Para que puedas ser elevada
al real favor,
has de ser una de las diez últimas a que dió e
[tra
el mayordomo de tu señor.
A estas diez últimas—nosotras somos parte
[ellas—
se nos distingue por un color:
tú eres el blanco; Persia es el rosa;
Diznarda, el malva, y yo, el zafir.
Y según pinte sobre las ramas la adelfa nuev
será elegida la favorita por el Emir.

BLAN. ¡Pues haga el cielo no sea blanca!

PERSIA. ¡El Emir viene!

DIZNAR. ¡Mirad qué hermoso!

MORAI. ¡Que no nos vea!

PERSIA. Ya se ha sentado
en la glorieta del adelfal.

DIZNAR. Baja la frente y alza las manos.

MORAI. Es el saludo tradicional.

(Pausa. Las cuatro, presas de angustia,
miran a un punto. Pero Guadal,
que al otro lado tiembla en silencio
y que se ha erguido para mirar,
cruza las manos sobre su pecho
y no se atreve ni a respirar.)

PERSIA. *(Por el Emir.)*
¡Reza!

BLAN. ¡Qué angustia!

DIZNAR. Se mueve el árbol.

PERSIA. Lo agita el viento.

MORAI. ¡Cayó una flor!

DIZNAR. ¡Y se desliza por la corriente!

PERSIA. Desaparece rápidamente
entre las aguas.

MORAI. ¡Ahora el color!

DIZNAR. *(En tono de ruego.)*
¡La adelfa malva!
PERSIA. ¡La adelfa rosa!
MORAI. ¡La adelfa índigo, como el zafir!
BLAN. ¡Qué incertidumbre tan espantosa!
TODAS. *(De pronto.)*
¡Blanca!
GUAD. *(Aparte.)*
¡Fué blanca!
BLAN. *(Con desaliento.)*
¡La adelfa blanca!
MORAI. ¡Ya eres la esposa,
durante un año, de nuestro Emir!
(Hay otra pausa. El desaliento
se manifiesta en cada cual.
Desfallecida, sobre su asiento,
se va dejando caer Guadal.
Y mientras todas se van marchando
con visible desilusión,
Blancaflor se va demudando
de secreta desesperación.)
PERSIA. ¡Qué suerte tuvo la desdeñosa!
BLAN. ¡Antes la muerte que consentir!
DIZNAR. ¿Lloras por eso?
MORAI. Si él lo supiera,
te mandaría decapitar.
PERSIA. ¿Verte afligida de esa manera
por lo que todas quieren lograr?
BLAN. Las que nacemos en Occidente
no nos vendemos cobardemente
por unas perlas en un collar.
¡Cuando reinamos, es en el alma!
¡Y en este reino
un año es poco para reinar!
PERSIA. ¡Qué suerte tuvo la desdeñosa!
MORAI. ¡Como él lo sepa, la hará matar!
(Se van y quedan solas
Guadal y Blancaflor.
Por la izquierda aparece,
núbil y hermoso, un Servidor

del Emir, que saluda
con afectada inclinación.)

SERVI. Flor de Azahar: el Emir te ha elegido
por esposa.

GUAD. *(Para sí.)*
¡Feliz Flor de Azahar!

SERVI. A su cámara irás esta noche,
y en la tuya al subir hallarás,
con las joyas de desposada,
ricas túnicas y blanco almaizal.
Que esta noche te haga dichosa
y te colme de bienes Alá. *(Vase.)*

BLAN. ¡Esta noche!

GUAD. ¡Esta noche!

BLAN. *(Que la ha oído.)*
¿Me envidias
tú también como las demás?

GUAD. ¡Amo al príncipe!

BLAN. Todas le aman.

GUAD. Pero no como yo, Flor de Azahar.
Yo suspiro por él como el nardo
que se inclina hacia el limpio canal
sin que logre tocar con sus pétalos
el milagro de su cristal.
Cinco años estoy aquí.
Pasó el plazo. Me van a expulsar,
y el Emir no sabe siquiera
que le adora la pobre Guadal. *(Con arrob)*
¡El Emir! ¿Tú le conoces?

BLAN. No, por suerte.

GUAD. Por suerte fatal.
¡Si le hubieras visto una vez,
le amarías sin vacilar!
Sus ojos, de ópalo verde,
son profundos como el mar;
su mirada, un cuchillo cortante,
y su voz, un arrullo nupcial.
Cortesano, guerrero y poeta,
cuando a caza de fieras va,
la ballesta tiembla en su mano
como una mujer sensual.

Y arrebata, seduce y atrae,
en su rica fastuosidad,
como un príncipe de leyenda,
porque es un príncipe ideal.
Y ahora, escucha: si aquí, silenciosa
y apartada me has visto quedar
esperando a que todas se fueran,
para contigo a solas hablar,
es que quiero pedirte una gracia.

BLAN. Dí. Ya la tienes si en mi mano está.

GUAD. *(Señalando al lado opuesto al que antes. señalase Moraima.)*
¿Ves aquel árbol lleno de flores
que en el extremo de aquella senda
dobla su copa, como poniéndose
arrodillado para una ofrenda?
Pues es el árbol que da la muerte.
El vivo aroma que, de sus flores,
impregna el aire, cálido y fuerte,
es ponzoñoso, y el que lo aspira
queda dormido. El nada advierte.
Pero del sueño ya no despierta.
Matan sus flores, mata su fruto,
mata su sombra,
y el que una noche bajo sus ramas
duerme del césped sobre la alfombra,
pasa, entre sueños, a la otra vida,
en el más dulce de los deliquios,
como una pluma que va mecida
sobre la brisa crepuscular.
Todos los años, en este día,
cuando la aurora vuelve a apuntar,
bajo ese árbol, yerta amanece
alguna esclava que, apasionada,
no tuvo fuerza para esperar.
Yo no te odio, pero te envidio,
y ya no puedo vivir así.
Sólo te ruego que al despertarte,
cuando en sus brazos goces dichosa
de la ventura que apetecí,

digas al príncipe cuánto le quise,
y, por su causa, cuánto sufrí.
(Inicia el mutis. Abstraída
la ve Blanca marchar.
Luego la llama. Guadal retrocede.
Pero dos pasos nada más.)

BLAN. ¡Espera!... ¿Dices que es aquel árbol?
¿Aquél que tiene la hermosa pompa
de una cola de pavo real?
¿Aquél que dobla su ramaje
sobre unos setos de arrayán?
(Guadal asiente.)
No más quería que me dijeras...
(Guadal se va.
Pero otra vez Blancaflor la llama,
y aquélla vuelve.)
¡Oye, Guadal!
¿Tú qué serías capaz de hacer
por ir esta noche en mi lugar
al lecho regio?

GUAD. ¿Lo preguntas?
¡Los sacrificios de que es capaz
todo Occidente, con sus mujeres
hechas de amor y fidelidad,
juntos en uno, los haría
sin temor!

BLAN. No hablaban igual
tus hermanas de raza.

GUAD. No son
como yo. Por lo mismo que van
con el fuego en los labios todas,
y en el alma la frialdad,
cuando arraiga bien la pasión
en una mujer oriental,
Alá te libre de su odio.

BLAN. Pues oye bien: en tu mano está
realizar esta noche tus sueños.
Cuando el Emir me haga llamar,
vé tú a mi cámara. Ponte mis joyas.
Viste mis túnicas. Con mi almaizal
cúbrete el rostro y ocupa mi puesto.

(Una pausa. Muda de asombro,
Guadal no sabe qué pensar.
Blancaflor comprende su duda.)
¿No me crees?

GUAD. ¡Te burlas!

BLAN. ¡Jamás!
El amor, la sombra y la noche
aliados tuyos serán.
Juventud y belleza te sobran.
De la prueba triunfante saldrás.

GUAD. Pero ¿y mañana?

BLAN. Yo habré muerto,
y el Emir te perdonará.
Yo, escapando a mi deshonor,
para morir, en tu lugar,
cumpliré una promesa que hice
de perpetua fidelidad.

GUAD. ¿Amas a otro?

BLAN. Más que tú,
porque él me adora además.

GUAD. Y ¿quién es él? ¿Cómo se llama?
¿Por qué no viene? ¿Dónde está?

BLAN. Es un príncipe. Vive muy lejos...
¡Continentes y mares allá!
Y se llama el príncipe Flores.

GUAD. ¡Peregrino nombre, en verdad!

BLAN. ¿Comprendes ahora mi terror
a ir a la cámara real?
¿Comprendes por qué prefiero
morir mejor que claudicar?

GUAD. Pero tú no debes morir.
¡Huye! Tu príncipe vendrá
a buscarte un día.

BLAN. ¡Imposible!
Le esperé demasiado ya.
Cuando no vino es que no sabe
dónde estoy.

GUAD. ¡Infeliz Flor de Azahar!
Aún eres tú más desdichada
que lo era la pobre Guadal.
Si pudiera ayudarte, lo haría.

Dame tus manos a besar.
(Va a inclinarse Guadal. Blancaflor la contiene con un ademán.)

BLAN. No te arrastres. Estamos unidas
por la misma infelicidad. *(Vase Guadal.)*
Salvadora idea me diste.
En el más dulce bienestar
pasaré de esta vida a la otra.
(Mirando en torno.)
Nadie hay que me pueda espiar.
*(Hace mutis por la derecha.
Ya la tarde mediando va,
y, seguido del Príncipe Flores,
sale el Jefe de la Guardia Real.
Para dar lugar al equívoco,
los dos visten de modo igual,
y, vistos de espalda, no se sabe
quién es el Príncipe o el guardián.)*

JEFE. Aquí es. Las diez elegidas
por estos lugares están.
A estas horas, la suerte habrá dicho
cuál de las diez ha de reinar.

FLOR. ¿Me juráis que hasta hoy la cristiana
no fué llamada al tálamo real?

JEFE. Os lo juro. El Emir es un hombre
que cumple el rito tradicional,
y éste le otorga una esposa por año,
pero guardándola fidelidad.
(Dirigiéndose a la izquierda.)
Por aquí la hallaremos. Aún
no se habrán recogido. Y mirad
que lo hago por vos; si nos vieran,
me podría la vida costar.

FLOR. Ya lo sé. Sobre el oro que os di,
os daré otro tanto al final
si la esclava sale conmigo.

JEFE. Pues tened prudencia y saldrá.
(Se marchan. Vuelve Blancaflor estrechando con viva ansiedad un brazado de flores, que aspira embriagada en voluptuosidad.)

BLAN. Entre el árbol que da la muerte
y la adelfa del bien y el mal,
se ha decidido mi destino.
¡Cumplo, Señor, tu voluntad!
Si no en vida, sea en tu seno
donde Flores me vaya a buscar.
Pues no me escuchas ni me oyes,
príncipe mío, ¿dónde estás?
Te he sido fiel. Hoy me debía
con otro príncipe desposar,
y me desposo con la muerte.
¡Oh, qué inefable bienestar!
(Lentamente, a medida que habla,
se la va viendo desmayar.)
¡Oh, transparencia de las cosas,
que parecéis de fino cristal!
¡Color extraño el que las flores
habéis empezado a tomar!
Olor penetrante que a todo
le das una vida inmortal,
¿es que Flores está llegando?
¡Sí! ¡Es su alma! ¡La siento llegar
atraída también por esta
inefable serenidad!
(Adormecida por el narcótico
de las flores, sin fuerzas ya,
cae en el banco. Por la izquierda
sale el Jefe de la Guardia Real.
Mira. La ve. La reconoce
y dice a Flores, que viene detrás:)

JEFE. Miradla, príncipe. Esa es.
Nadie viene. Podéis hablar.
(Se va el Jefe de la Guardia. Flores,
en su júbilo, no ve que está
Blancaflor como ausente del mundo.
Y corriendo su mano a besar,
se arrodilla a sus pies, llamándola
con ardiente impetuosidad.)

FLOR. ¡Blancaflor! ¿Eres tú, alma mía?
¡Blancaflor! ¡Oyeme! ¡Soy yo!

BLAN. ¿Quién me llama?

FLOR. ¿Quién ha de ser?
¡El que siempre te idolatró!
BLAN. Apartaos, buen caballero.
El que yo aguardo no sois vos.
(Tratando, inútilmente, de levantarse.)
¡Dejadme ir!
FLOR. ¿Adónde?
BLAN. ¡Al cielo!
A reunirme con mi amor.
FLOR. ¿Con tu amor al cielo? ¡Alma mía!
¿Es que has perdido la razón?
¡Mírame bien! ¿No me conoces?
¡Soy el príncipe Flores!
BLAN. No.
El que dices, está muy lejos.
No vendrá, porque me olvidó.
FLOR. ¡Olvidarte! ¡Yo soy el príncipe
que tierras y mares cruzó
en busca tuya!
GUAD. *(Saliendo.)*
¿Será cierto? *(A Flores.)*
Si sois quien decís, señor,
arrancadla esas flores. ¡Se muere!
Está emponzoñado su olor.
FLOR. *(Arrojando las flores lejos de sí.)*
¡Maldición! Blancaflor, ¿qué has hecho?
GUAD. ¡Se ha envenenado por vos!
(Guadal se arrodilla también
a las plantas de Blancaflor,
y se afanan por infundirla
un aliento vital los dos.)
Para ser del Emir favorita
la suerte hoy la designó,
y antes que ir a los brazos de otro
y antes que haceros traición,
prefirió buscar en la muerte
el remedio. ¡Adoradla, señor!
FLOR. ¡Blancaflor! ¡Sacrificio constante!
¡Alma hecha con abnegación!
¿Qué no haría por darte la vida?
Por salvarte, ¿qué no diera yo?

(Blancaflor ha abierto los ojos.
Da un suspiro y respira mejor.)

GUAD. Aún es tiempo. Ya vuelve en sí.
FLOR. ¿No me ves?
BLAN. Reconozco tu voz.
Pero no sé tu nombre. ¿Quién te envía?
GUAD. La Providencia.
BLAN. ¿Quién?
FLOR. ¡El amor!
BLAN. ¡El amor!... ¡Ahora sí me parece
que te voy conociendo mejor!
GUAD. *(Levantándose.)*
Se ha salvado. Vuelve a la vida.
¡Quedad con ella y cuidad su emoción!
Yo aquí, entretanto, por si alguien viene,
entre los setos vigilo por vos.

(Vase la esclava. Los dos amantes
se miran, presa de viva emoción,
y más el gesto que la palabra
en este instante tiene valor.)

FLOR. Vuelve en tu ser, alma mía.
¡Ya estoy a tus plantas yo!
BLAN. ¿Eres tú? ¿Qué fantasía
o qué ensueño te creó?
FLOR. Vengo a llevarte. La vida
impaciente nos espera.
BLAN. ¿Cómo, si estoy recluída
en este harén, de manera
que no hay posible salida?
FLOR. ¡Escapando! ¡Una galera
protegerá nuestra huída!
Tú, candor; yo, voluntad,
no puede la adversidad
desviar nuestro destino.
Y aunque haya sido el camino
penoso y largo en verdad,
ya estoy aquí,
junto a ti,
rendido y apasionado,
para llevarte a mi lado
por toda la eternidad!...

BLAN. ¡Qué gozo siento al oírte!
¡Dios mis plegarias ha oído!
¡Cuántas veces le he pedido
que bajase a convertirte!
¡Al cabo lo he conseguido,
y, pues nada nos separa
que no se pueda vencer,
desde hoy venimos a ser,
tú, fuente; yo, linfa clara
que en ella viene a verter!

GUAD. *(Saliendo.)*
¡Huye pronto con él, Flor de Azahar!
El Emir y su Corte han salido
del serrallo y vienen hacia acá.

BLAN.
(Desasiéndose y despojándose de sus collares.
Te regalo mis joyas de esclava.
Quiero ser pobre, como al entrar.
Doncella y pobre entré en el serrallo;
pobre y doncella me vuelvo a marchar.
¡Hoy rompes tus cadenas y recobras
para siempre tu libertad!
¡Blancaflor, en los brazos de Flores,
por senderos floridos se va!

BLAN. *(Abrazándose a Flores.)*
*¡Tuya soy! ¡Ya nadie en el mundo
*separarnos nunca podrá!
(Reclinando la frente en su hombro,
sostenida por él, se van.
Y la esclava, llena de envidia,
dice, viéndolos juntos marchar:)

GUAD. ¡Una menos! ¡Quién fuera como ella
con el príncipe, tierras allá!
(El serrallo es una llamarada
bajo el oro crepuscular,
y el telón de boca desciende
sobre la página final.)

(Así termina este poema
caballeresco y medieval.)

Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.